

UNIVERSO SANTAURORA

MARÍA FORNET

UNA COLINA CON SECRETO

LA PRECUELA

Copyright © 2022. María Fonet

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Primera edición: junio 2022

Título original: El secreto de la anfitriona

Título segunda edición 2023: Una colina con secretos

Bienvenida a Santaaurora

Bienvenida a Santaaurora, un barrio de ensueño erigido sobre una hermosa colina en una lujosa área de la Costa del Sol. Un lugar donde la vida explota en cada esquina como lo hace el fucsia de sus buganvillas en mayo, sus plumerias y glicinias, sus espectaculares palmerales, los rosas atardeceres y la inmutable belleza de sus calas.

Santaaurora es un rincón ficticio del modo en que lo son las cosas más reales de la vida: las prisas de los lunes, las noches de desvelo, los secretos que guardan las mujeres o el silencio que necesitan las madres y que raras veces tienen. Digamos que no existe, pero podría. No existe, pero, sin duda, debería.

El Universo Santaaurora consiste en una saga de novelas autoconclusivas creadas por María Fornet y cuyos libros relatan la historia de una de las ochenta y ocho viviendas de las que dispone el barrio. Un barrio en el que, aunque todos se conocen y los personajes, los lugares y las costumbres resultan recurrentes, cada trama es distinta de la siguiente.

La mejor manera de sumergirte en Santaaurora es hacerlo a pie de calle, de ahí que hayamos creado un mapa a todo detalle para que conozcas todos los lugares emblemáticos y puedas situarte mentalmente en cada lugar importante antes de comenzar a leer.

Si quieres ver el mapa en detalle y a todo color diseñado por la artista responsable, @giselfust, solo tienes que dejar tus datos aquí (www.mariafornet.com/mapa-santaaurora) para poder adentrarte en lo que, más tarde en la línea del tiempo de lo que ocurre en esta precuela, se convertirá en las siguientes obras Santaaurora.

I

Antes de mí no había nadie.

Esto era poco más que piedra y tronar de olas contra las rocas en los días grises.

Claro, que días grises aquí siempre ha habido pocos.

«Más de trescientos días de sol», rezaba el cartel que plantaron sobre mí aquellos últimos tipos que llegaron. Y en ellos se veía la esperanza de lo que vendría: la ilusión de los primeros pasos, de ver nacer algo grande, algo más grande que ellos y que yo sola, algo infinitamente más grande que la suma de todas las maravillosas vidas que estaban por desplegarse.

Algo que ya he visto muchas veces y que, con toda probabilidad, seguiré presenciando.

Pero déjame que te cuente bien esta historia.

No nos llevará mucho.

Solo lo justo para que entiendas el poder de este lugar mágico.

II

Lláname Santaurora. Así, todo junto: Santaurora.

Sobre mi suelo han asentado fenicios y bizantinos, árabes y púnicos. Por épocas, he servido de firme base a griegos, germánicos y romanos. Todos se han asomado por la costa de mi gran colina y han levantado sus brazos al azote del aire creyéndose dueños de mi mundo. A todos he permitido disfrutar de la salida del astro rey por Cala Nueva y a todos he acompañado y mecido cuando el día moría por mi Cala Vieja. Y, pese a sus obvias diferencias, déjame que te diga algo que me ha regalado esta perspectiva que solo yo tengo: todas somos lo mismo.

He visto reunirse alrededor del fuego a familias y a amigos para contar historias que los llevasen al sueño, a esa clase de sueño que te ayuda a olvidarte de los grandes peligros que acechan al mundo; he sujetado con firmeza los pies de los niños que comenzaban a correr y encumbrar poco a poco el vuelo. Esos niños se han hecho después grandes, y entonces los he visto enamorarse y traicionarse como nadie habría augurado a tenor de lo tiernos que antes habían parecido. He visto a mujeres parir abriendo sus carnes para traer con la fuerza de este y mil mares a sus criaturas a casa, y a sus hombres ir y venir, coleccionar amantes, levantar escuelas y hospitales.

En mis muchos siglos de historia he sido testigo del poder de los lazos y de la concupiscencia de su sangre: de lo clarooscuro de las querencias, la levedad de las palabras; de la imprevisibilidad de las mareas.

Empiezo por ahí, ahora que pienso.

Déjame explicarte cómo y por qué una no puede nunca fiarse de las mareas.

III

Durante ciento cincuenta y siete largos años, Santaurora estuvo desierta. No es la primera vez que me ha ocurrido, claro, de cuando en cuando se olvidan de mí y me dejan un respiro, pero digamos que esta ha sido la última. Esta vez, a excepción de algunos jóvenes que primero vinieron a caballo y más tarde en coche a arrancarse las ropas a la luz de una luna que tiembla en el agua como lo hacen sus cuerpos brillantes, nadie se decidió a tomar otra vez mis tierras.

Ocurrió, lo recuerdo bien, un ocho de agosto a las tres y cuarto del mediodía, y me pilló con un terral que me soplaba a boca abierta desde el centro de la península, y que nada habría tenido que envidiarles a los fuegos que nos venían a menudo de Marruecos. Aquel tipo bajó la ventanilla de su coche al llegar al borde de mi acantilado, con buena parte de la nube de polvo que él mismo había levantado pegada a su frente arrugada, y mirando a su mujer, que en ese momento bajaba a su lado, le dijo:

—¿Cómo decías que se llamaba la virgencita que hay abajo en la gruta?

—Santaurora —contestó su acompañante.

—¿Santa Aurora?

—No —replicó—. Todo junto: Santaurora.

Yo andaba aletargada y aburrida por el largo lapso de fiestas y jolgorios, de intrigas y cotilleos, y a eso atribuyo el que pasase por alto lo que pasé, porque déjame decirte que de natural soy observadora. Pero qué puedo decir: no la vi como la vi después.

Aquella mujer, a la que pronto conocí como Anne-Marie Acuña, hija de un diplomático francés al que habían diagnosticado una psoriasis incapacitante y al que tuve la suerte de que sus afamados médicos recomendaran, y con buen criterio, el frío de mis aguas azules, fue la responsable de todo lo que ha venido después. Y fíjate qué cosas, que por mucho que disfruté las bacanales romanas y las sesiones de lectura de estrellas griegas, por más que amé el orden de los fenicios y los cantos de los más pequeños cuando los árabes, esta comunidad que sobre mí habita ahora mismo es, con mucho, a la que más cariño he cogido.

Y si lo pienso, si vuelvo atrás, si cierro los ojos —entiéndeme: metafóricamente hablando—, puedo ver con claridad que esa mujer de moño ajustado y falda bajo las rodillas, que pisaba sobre un tacón bajo y cuyos ojos verdes y pequeñitos trajeron toda la luz que desde ese momento he necesitado, aquella Anne-Marie que por aquel entonces no tendría más que veintitantos y que vino acompañada de su recién estrenado marido José y que aún no tenía a sus hijos y mucho menos a sus nietos, que aún no había traído a su padre de Francia ni había perdido a su marido en un trágico accidente —de esos que de tanto en tanto aquí, *inexplicablemente*, acontecen— es la responsable de que Santaurora se haya convertido en el mejor barrio que sobre esta piedra he visto nacer.

—Ochenta y ocho viviendas —dijo, porque a ella le gustaba el orden, al ver el día que hoy marcaba el calendario—. Ocho-ocho y ni una más. Esperaremos a que baje el calor y con las brisas de septiembre comenzaremos a construir con los mejores materiales y el mejor equipo humano, para así atraer a las familias más selectas, todo gente de buen

porte y buenos modales. Seremos una comunidad de libro: de nosotras se escribirán historias por los siglos de los siglos.

Y fue así como José, que era menos supersticioso que irreverente, se acercó a agarrarla con fuerza de la cintura para llevarla hasta su pecho, y apagó entonces el cigarro en el suelo con la punta de su mocasín empolvorado, echó el humo mirando al cielo, y con la misma sonrisa socarrona que después la metería en el lío de sacar adelante a cinco hijos sin más manos, le dijo:

—Pues que así sea. Amén.

IV

Pero te decía que las mareas no son fiables.

Eso lo aprende una a poco que se baje a mis playas y observe las idas y venidas solo una tarde.

El día que Anne-Marie decidió dar una fiesta de inauguración en la casa que se habían construido para ellos solo un par de años después de aquella mañana de agosto, ya contábamos con veintidós familias completas sumadas a la apuesta de este barrio. Todos, y digo todos, acudieron a la llamada aquella noche de viernes en la que ya amainaba el calor de agosto.

José había tenido a bien registrar su casa como *Majopama* en honor a su mujer (Marie, que así la llamaba él), a sí mismo, y a sus dos pastores alemanes (Pachín y Marel). No sería hasta después del susto de aquella primera noche que no se decidieran a buscar a su primer niño, al que le seguirían otros cuatro, un accidente —eso ya te lo he dicho— y una mudanza más tarde. Tras la desgracia, ya Anne-Marie no querría quedarse en este lugar en el que todo serían recuerdos, así que vendió su vivienda a una mujer que se llamó Leona, que rebautizó la casa del mismo modo, a la que le auguró otros muchos niños y mucho bien. Pero, en fin, sin prisas: eso ya te lo contaré después.

La casa disponía de una gran piscina a la entrada y una privilegiada vista a lo que luego sería mi club Náutico, en plena Cala Nueva, y desde las ventanas del salón, que con los años acristalarían de arriba a abajo siguiendo tendencias más modernas, se veía aquella tarde caer la luz como el chorreante zumo de un jugoso pomelo exprimido con ambas manos.

Llegó primero Luisa y Santiaguillo, los del chalet del 32, con una gran ensaladilla rusa cubierta de un paño a cuadros que, por lo que vi, estuvo para chuparse los dedos, y a ellos les siguieron todos y cada uno de los nuevos vecinos del barrio: algunos aún siguen aquí a estas alturas, otros murieron, otros vendieron, pero sea como sea, aquel día todos estuvieron y así lo atestiguan las muchas fotos que aún tenemos.

Vino Carina con su famoso pastel de carne, envuelto en un hojaldre que ella misma había hecho, y también Ramona con un rulo de marisco bañado en salsa rosa que casi mata del espanto a los del 66, cuya hija mayor debutó con una alergia a lo que fuera que llevaba. También acudió, no se esperaba menos, Blanquita, la de la joyería, y su marido Fer, y ella no trajo nada porque decía que con tanto trabajo que tenía no le daba para cocinar en todo el día, así que se vino con un jarrón que Anne-Marie escondió en un armario tan pronto se vio sola un momento y unas flores que pronto no aguantaron el calor.

Pero en el fondo, a pesar del colorido de los vestidos y lo historiado de los peinados de las mujeres, a pesar de los intentos de sus hombres por parecer muy hombres aquella noche, lo realmente interesante no ocurrió hasta que cruzó el jardín Don Asencio, el párroco que vino a bendecir esta tierra como si fuera —qué sabrían ellos— el primero que lo hacía. Fue José el que lo recibió en la puerta y percibió la preocupación en su rostro.

—¿Está todo bien, padre?

—Es la luna, hijo, que se alza roja. Es un mal augurio.

—¿Un mal augurio de qué?

—Ah, eso solo Dios lo sabe. Yo no puedo saber.

Claro que José no le hizo caso porque una luna roja nunca le había parecido a él motivo de revuelo: otra cosa eran los impuestos o las peleas por los retrasos y los destrozos con los obreros de los últimos meses, otra cosa era el humor de su Anne-Marie cuando pasaba demasiado tiempo preocupada por la psoriasis incurable de su padre, ¿pero una luna roja? José pensó que aquel sacerdote estaba senil y, como buen cristiano, decidió salvarle de sus malos pensamientos con una copa de una buena champaña.

V

—Por todos nosotros —dijo Anne-Marie levantando la copa mientras presidía la mesa de comedor de su salón diáfano. El cristal del vaso se iluminó con los destellos de la lámpara de araña que coronaba todas las cabezas, dejando ver al fondo, en la pared más larga de aquel espacio, un precioso collar que, siendo lo último que le dejó su madre, Marie había enmarcado y colgado para que bendijese este lugar sagrado—. Por los hermanos fundadores de Santaurora.

—¡Por los hermanos fundadores de Santaurora! —rezaron todos.

Hago aquí un inciso para compartirte cómo de divertido me ha resultado siempre esta tendencia tan humana a creerse los primeros en todo. A imaginarse singulares, a obviar la verdad única: que esta piedra seguirá cuando todos se hayan ido y solo de aquellos que gocen de cierta suerte se recordarán hazañas. El resto caerá en el olvido y pronto nadie pronunciará sus nombres. Morirán como han muerto todos. Pero en fin, vayamos a la parte divertida de la historia:

—Quiero dar las gracias a mi chérie, José, por su visión y buen ojo, por liderarnos a todos en esta travesía por el desierto cuando pareció imposible que esto tuviera el aspecto que hoy tiene; por abrir las puertas de nuestro nuevo mundo y a todos vosotros, nuestros amados vecinos, cuyos hijos crecerán con los nuestros y cuyos nietos corretearán por estas calles que, con tanto esfuerzo y juntos, hemos diseñado. Hay algo que hoy siento como absolutamente verdadero —Anne-Marie, aún de mano levantada, apoyó la otra sobre la mesa para dotar a su discurso de cierto aplomo—: en este lugar de ensueño nada malo puede pasarnos.

Y fue ahí, no pude evitarlo, que me removí por dentro, porque no se puede tentar a la suerte, no se le pueden buscar al Universo las cosquillas de un modo tan descarado, de forma que la rimbombante lámpara de araña que desde su París natal habían trasladado los primeros repobladores cayó de un solo golpe sobre el centro de la mesa misma, salpicando a los comensales con los Kir Royale y los aliños de las ensaladas, dibujando en sus pechos lamparones que no habría luego quien quitara de las camisas, y aquella situación me pareció graciosa, o al menos durante un rato, porque diré que de lo de después no tuve responsabilidad alguna. Escúchame bien en esto, porque no te engaño: lo de la lámpara, lo admito, fue un jueguecito del que no puedo arrepentirme, pero en lo otro, yo, Santaurora, lo diré una y mil veces, no tuve nada que ver. Nada. Cero. Prometido. ¿Estamos?

El caso es que el salón apareció entero alfombrado con puntiagudos añicos de cristal. La anfitriona, que jamás se permitía un fracaso y menos si ello implicaba cierto escarnio público, mandó al servicio a que recogiera aquello sin mucho aspaviento y escondiera lo que quedaba de lámpara bien al fondo del altillo de uno de los armarios empotrados, y mientras envió a los invitados a tomar el fresco con una nueva copa de champaña de su país querido.

—Qué cosa más extraña —decían algunas.

—Eso pasa cuando ahorras en alicatado y se te comen las prisas—cuchicheaban otros.

Para calmar las aguas y acallar las bocas, Anne-Marie resolvió así proponer un juego.

De ese modo distraería la atención de lo que había pasado y haría que el asunto de la lámpara quedase en un absurdo recuerdo.

Porque ¿a quién no le gusta un juego inocente?

Pues te diré a quién:

Al párroco, Don Asencio.

Tampoco a Fer, el marido de la de la joyería.

Y a juzgar por cómo salió todo, juraría que a ninguno, tras aquella noche, volvieron a gustarle tanto los juegos.

VI

—Vamos, vamos —dijo Marie, barriendo con sus manos el aire para que todos se acomodaran en las sillas del jardín—. Tomad asiento, vamos a jugar a algo —José ayudó, sin saber lo que su mujer se proponía, a que se sentaran todos alrededor de un gran corro, dejando en el centro una pequeña fuente de la que brotaba, haciendo un sonido como de chascarrillos, el agua clara. Cuando estuvieron ya todos parados, Marie dijo:

—¿Qué mejor oportunidad que esta para que comencemos esta noche a conocernos? Llevamos meses viéndonos pasear los unos a los otros y levantando los brazos para saludarnos al cruzarnos por nuestras nuevas calles, ¿pero nos hemos detenido a saber quiénes son, en realidad, nuestros nuevos vecinos? —la curiosidad iluminó las caras de todos—. Veréis —dijo—, cuando llegamos a esta tierra despoblada que nadie había pisado antes —ya te dije: esto es un pecadillo muy vuestro—, no dudamos un segundo que la comunidad que sobre esta gran piedra se erigiera se convertiría en una gran familia y ahora, queridos convecinos, nos veo —se abrazó a sí misma en un gesto de apretada ilusión— y no me creo que estemos, al fin, celebrando. Pero no os conozco. Quiero decir, conozco vuestros nombres, sé los números que elegisteis para vuestras casas. A juzgar por vuestras fachadas, puedo deducir algo: Luisa —se giró hacia ella, quien respondió levantando su copa de vuelta para darse por aludida—, tu jardín me dice de ti que no le temes al trabajo duro: ¿esos hermosísimos rosales pegados a la cancha de baloncesto de tus niños? Eres una verdadera valiente... o una inconsciente —todos rieron y ella afirmó con su mentón—. O tú, Ramona, me has tenido fascinada desde el principio, y solo acabamos de conocernos. Esa gran escalera de caracol que se ve desde el gran ventanón que has abierto pegado a la entrada me recuerda tanto a los libros que leía de niña... ¿no estarás planeando algo macabro?

—¡Me has pillado! —contestó, cogiendo el guante, Ramona.

El ambiente se había relajado y nadie parecía ya acordarse del pequeño incidente de la lámpara. José miraba a su Anne-Marie orgulloso de aquel don tan poco frecuente: el de crear hechizo. Había sido justo eso lo que había conseguido enamorarlo como lo hizo. Su esposa siempre se coronaba como el centro de toda fiesta, en todos los años que llevaban juntos lo había visto una y otra vez: sería la primera en bailar en cualquier guateque, la animadora de todos los eventos. No había cena, almuerzo ni reunión de amigos que a su Marie se le resistiese, y predecía que tampoco le ocurriría con esta: a juzgar por las caras de sus vecinos —los hombres y las mujeres—, todos querían una pieza de aquel jugoso pastel que era su chérie.

Poco a poco y como ocurre con el final de cada jornada, el sol comenzaba a prepararse para un nuevo final, siempre ajeno a las fiestas y a los dramas, apretando en su intensidad y produciendo en el cielo un estallido de colores que a nadie, aquel día, le pasaría desapercibido. La anfitriona explicó las reglas del juego entonces:

—Mamá solía proponer un juego inocente cuando preparaba las cenas de papá y sus compañeros —los vecinos redujeron el murmullo y solo la chicharra, ya bien caído lo que quedaba del día, se escuchó de fondo—. Vamos, no os pongáis nerviosos —se llevó las manos a la boca para aguantar la risa—. ¡Mirad qué caras de expectación!

Los vecinos asumieron la orden y se relajaron.

—Nos tienes en ascuas —contestó Santiaguillo.

—Bien, bien —respondió, diría que coqueteando—. Comenzamos entonces contigo, Santiaguillo y desde tu silla giraremos en contra de las agujas del reloj, ¿entendido? —todos aceptaron la regla a un juego que aún desconocían—. Lo más importante es que seamos ágiles de respuesta y que no se lo salte nadie, ¿vale? Pues allá vamos.

—¿Y bien? —dijo el primero.

—Santiago, cuéntanos: ¿un secreto que los demás debamos conocer de tu compañera?

VII

De este modo comenzó la ronda vecino a vecino.

Santiaguillo confesó que su Luisa se comía la carne de los huesos de pollo hasta dejarlos esquilmados, y ella le amonestó en el brazo con su bolso, pero luego admitió que aquello era verdad y el resto tuvo que reírse con aquel defectillo tan simpático.

Yo, sin embargo, me encogí al verlos jugar, no siendo la primera comunidad a la que veo levantarse sobre mi roca y sabiendo que en los juegos inocentes siempre se esconde la semilla del mal. Pero creo que Anne-Marie ya lo sabía: ya te he contado al principio de esta historia que por ella, en particular, tengo debilidad.

Cada uno contó algo de su pareja que consideró que los demás encontrarían divertido, en pro de construir una gran familia cimentada en la verdad: de ahí que Violeta nos dijera que Don Paco, su padre, usaba pijama de invierno en pleno verano —pero a juzgar por el tufo que desprendía cuando una pasaba por su lado, eso no habrían tardado tanto en descubrirlo, de modo que tampoco destapó tanto—, y también habló Carla, que se había mudado con la que decía que era su *amiga*, Sandra, y contó que su compañera se levantaba en medio de la noche con los ojos cerrados y recitaba la tabla periódica de izquierda a derecha y de derecha a izquierda sentada en el bidet del baño, y que aquello, si no la conocías, te daba un susto de espanto. Dijo, además, que la única manera que había de callarla y devolverla a la cama era cantarle una canción que, según contó, de pequeña le tarareaba su abuelita mientras la sujetaba en brazos.

Anne-Marie daba pequeños aplausos con cada nueva revelación vecinal, entusiasmada por la buena acogida que había tenido su juego, a la vez que no perdía de vista al servicio, al que hacía con los ojos micro gestos que solo ellas entendían, de forma que a nadie les faltase una copa llena ni les pillase lejos una de las bandejas con canapés que pasaban por su lado.

De Carina se dijo que pasaba, ejem, demasiado tiempo cada vez que se metía sola en la ducha, y aquel desvelo no le gustó, y de Don Silvestre contaron que tenía por costumbre pararse a orinar en la calle en cualquier esquina antes de entrar en un gran evento.

—Eso no es verdad y si lo fuera no es cosa para que se cuente en público —se quejó.

A Don Asencio le perdonaron sus comensales y se saltó su turno por gracia del respeto eclesiástico, pero sufrió como si hubiera sido él cuando le tocó el turno a Fer, el marido de Blanquita, la de la joyería, que ya te dije que ni al párroco ni a él le han vuelto a gustar los juegos desde aquel momento.

—Tu turno, Fer —le dijo Anne-Marie—, ¿qué secretos oculta nuestra Blanquita?

—Esta es sencilla —dijo, arremangándose y acodándose sobre sus propias rodillas—. ¿Le contamos de lo tuyo, bonita?

Y por el modo en el que lo dijo, supimos que aquello abriría una nueva puerta de aquel inocente juego.

VIII

—Oh, parece que te vas a librar de esta —dijo la anfitriona, tratando con disimulo de adelantarse al desastre mientras tintineaba el filo de su copa con una cucharilla de plata para llamar la atención de todos—. Me indican que ya está todo listo y podemos volver adentro.

Ni Fer ni Blanquita miraban a nadie más que al otro, enredados en alguna discusión sin palabras en la que, a pesar de no tener sonido, parecían estar gritando.

—No puede ser —se quejó Fer, fingidamente apesadumbrado, sin quitarle un ojo a su mujer de encima—, un juego es un juego, ¿no creéis que no es momento de pararlo? La comida puede esperar, Marie —se tomó la confianza de llamarla por su nombre de pila, lo que levantó la suspicacia de la anfitriona y cambió el tono de voz—, no serán más de dos minutos, ¿no sentís que deberíamos seguir hasta que acabemos todos? Es lo justo.

Nadie habló, los allí reunidos ni siquiera cuchichearon. La mayoría se miró las manos, aprovechó para ajustarse los anillos o sacarse el cuello abotonado de la camisa, de pronto más acalorados. Solo se atrevió a decir algo Don Asencio:

—Vamos, ¿es que no tenéis hambre? Es tan poco el poco hábito que tengo ya de festejar que con dos sorbos más me caigo en redondo si no pruebo bocado. Venga, levantémonos —concluyó, despegándose de la silla y esperando que cada uno hiciera lo propio—. Dejemos los juegos, que los carga el diablo.

José, consciente de la tensión de la escena, le siguió el paso y acompañó a su mujer, Marie, y al caballero de su derecha, Don Silvestre, el del número 4, en su camino al salón desde el jardín delantero de la casa, pero la voz de Fer volvió a frenarlos.

—¿Entonces nos rajamos? —Blanquita no decía nada y su expresión había pasado de lo que percibieron como un desafío al semblante rendido, quizá sabiendo inevitable que viniese lo que al final vino. Aún con esas, seguía sin levantar la vista hacia el resto de los invitados— ¿Es que nadie se muere de la intriga?

—Vamos —intervino José, acercándose a su lado y ayudándose de una mano estratégica que posicionó con cierto peso sobre su hombro izquierdo y que, a juzgar por la actitud de Fer, este no percibió como amenaza ni como aviso—. Estamos incomodando a las señoras sin necesidad. Dejemos el espectáculo y volvamos a sentarnos dentro.

Fer giró la cabeza y levantó los ojos, haciendo su primera parada visual en la mano de José y continuando con la subida hasta su rostro, quien le decía sin decir que había llegado el momento de llevarse sus dramas de vuelta a su propia casa.

—Nos vamos a divorciar —se adelantó Blanquita.

Todos pararon por un momento y, a pesar del escándalo, creo que a estas alturas la información no dejó a nadie demasiado sorprendido.

—Cuánto lo sentimos —intervino, torpemente, Alfonso, que pareció aliviado al ver que la rueda de los secretos había parado dos sillas antes que la suya y que, tras semejante bomba, con toda probabilidad aquel jueguecito no continuaría.

—Pero ¿y la casa nueva? —añadió, con cierta indignación, Manuela, a la que las palabras le salían de la garganta con excesivo sentimiento, como si aquello le tocase de

algún modo más personal del que ella admitiría—, ¿y los niños? Un matrimonio con casa e hijos no se deshace así como si nada, en solo dos días.

Todos la miraron, pero fue su marido el que le pidió silencio.

—Oh, Manuela —intervino entonces Fer—, era Manuela, ¿no? Sí, eso, Manuela, la de los niños tan riquitos que pelotean en la puerta de mi porche y que gritan como ardillas. Verás. Nada de dos días, ¿eh? Que aquí la señora Blanquita se ha trabajado esta ruina con dedicación y esmero.

—Es suficiente, Fernando —su mujer se levantó con el bolso apretado al pecho y caminó hacia la puerta con intención de cruzar el jardín de lado a lado, pero entonces Trinidad, con más entusiasmo del que querría haber demostrado, dijo:

—Pero criaturas, decidnos, no nos vayáis a dejar así ahora, ¿a vosotros qué os ha pasado? ¿Qué es eso tan malo que os habéis hecho?

IX

Aquí es cuando Fer se levantó, mostrando firme intención de compartir el motivo por el que Blanquita huía, cosa que yo ya sabía, pero no los demás, y como los asistentes tenían la vista en ella, que acudía a la puerta de la casa despavorida, se perdieron lo que andaba pasando adentro. Y eso que pasaba dentro era, en realidad, mucho más entretenido y determinante que lo que pasaba fuera. Pero déjame decirte algo que he aprendido en todo este tiempo: ese suele ser el caso. Cuántas son las veces en las que miráis a donde no es, la de ocasiones en las que ponéis el ojo en el lugar equivocado.

En fin, sigo: en ese mismo momento ocurrió algo. La jefa del servicio entró en la escena y agarró del antebrazo a Anne-Marie, quien a estas alturas se hallaba a medio camino entre la tensión y la intriga. Solilla, que así se llamaba quien trajo la noticia, se acercó a su oído y susurró unas palabras que nublarían su expresión como no era fácil hacerlo con nuestra anfitriona, de nacimiento mujer de buen humor, y fue su marido el que, tomando cuenta de lo que fuese que hubiera pasado, corrió hasta confirmar lo que confirmó.

Salió Anne-Marie y no mucho después su chérie, ambos dispuestos a comprobar que lo que Solilla les había dicho era cierto, con la esperanza de que todo se debiese a algún despiste sin remedio, y algunos invitados los siguieron, de pronto curiosos por ver qué había pasado dentro.

—Que no salga nadie —dijo primero en voz baja, para después repetirlo más fuerte—. Cerrad la puerta y que no salga nadie. Que nadie se vaya de esta casa hasta que el collar de mi madre haya aparecido de nuevo.

Cuando Marie quiso darse la vuelta y enfrentar al salón, vio que ya todos la rodeaban sin dejar de mirarla.

—¿El collar? —preguntó Santiaguillo, con verdadera confusión.

Intervino entonces José mientras ayudaba a su mujer a tomar asiento en una de las sillas del gran comedor:

—El collar que su abuela dejó a su madre y que hasta hace una hora colgaba sobre la pared de este salón. Un collar de final del XIX en oro amarillo de nueve quilates, amatista y perlas, al que a mi mujer le tiene mucho cariño... y no solo por su valor sentimental.

—¿Es que vale algo? —preguntó, sin tapujos, un vecino, a lo que José confirmó sin querer concederles más.

Fer, sin Blanquita ya a su lado, dijo:

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con eso?

Anne-Marie, con su frente apoyada sobre su palma y angustiada como nada en este mundo podría haberla angustiado, lo tuvo claro entonces:

—¿Ha salido tu mujer? Es la única que se ha ido de la casa. ¿Se ha ido ya? —repitió.

—Blanquita ha ido a tomar aire fresco —contestó, levantando una ceja mientras comprobaba que ya no estaba en la propiedad.

—Necesito ver vuestros bolsos —dijo José, adelantándose a su mujer y quitándole a ella el disgusto de tener que pasar por semejante mal trago—. Vamos, cuanto antes empecemos, antes habremos acabado.

—Esto es inadmisibile —dijo Sandra junto a su mujer, quiero decir, su *amiga*, dirigiéndose a la salida—. No pienso permitir que nadie me registre como a un criminal. ¿Es este el modo en el que tratáis en Francia a los invitados?

—Bueno. Y si te descuidas, ¡te guillotinan! —añadió Doña Pilarita airada.

—Yo no tengo nada que ocultar —se decidió, dando un paso al frente y colocando su bolso abierto sobre la mesa, Carina—. ¿No es más rápido así? —interpelaba ahora al resto de los comensales—. Si todos enseñamos que no escondemos nada, esto se habrá terminado rápido.

Aquello produjo un inevitable efecto llamada: ni siquiera los más orgullosos se podrían defender de las miradas inquisitivas de los otros. Si no había nada de lo que guardarse, ¿por qué negarse a vaciar bolsillos y a abrir bolsos?

X

Pero ya te dije antes que lo interesante no ocurre siempre en el sitio en el que una mira.

En el preciso instante en el que uno a uno de los hermanos fundadores —bueno: así se sentían ellos— se rendía ante la posibilidad de que se les considerase como posibles ladronzuelos y extendían los contenidos de sus pertenencias sobre la mesa auxiliar que acompañaba a la comida, Blanquita paseaba por lo que algunos años después sería el puerto de mi club náutico. Iba contrariada. Murmuraba más alto de lo que ella sentía, que esa era una costumbre que había tenido muy desde niña, aún con dificultades para creerse lo que Fernando, su marido, le había hecho aquel día.

Lo he visto una y otra vez: una se casa con la mejor fe, siempre pensando en que esa llama inicial durará para siempre, en que no llegará el momento en el que se miren con inquina, y contra todos los pronósticos, los matrimonios se rompen. Claro, que el suyo no se había *roto* como se rompe un cristal que se te cae de las manos, uno de esos que una lleva con cuidado y de repente en un traspies ve volar por los aires y después comienza un duelo largo. Su jarrón de ningún modo se les había *roto*, a su jarrón más bien lo habían estrellado con furia contra un pavimento duro, usando en sus brazos la fuerza de mil huracanes, y la guinda la habían puesto aquella noche en medio de todos. Blanquita nunca había sido el tipo de mujer a la que es fácil sacarle los colores, pero ¿aquello? Aquello había sido pasarse mucho de la raya, incluso viniendo de Fernando. Que Fernando había sido hombre de temperamento fuerte y ánimo volátil, pero solía presentar más orgullo social del que había hecho alarde aquella noche en Majopama. Al fin y al cabo, ¿qué había ganado nadie con aquella pantomima? ¿Es que no habían acordado juntos meterse en aquello? ¿Por qué ahora culparla de todo a ella? Eso era tan típico de Fer. Diría sí a todas las diversiones sin pensarlo un momento, pero cuando llegaba el momento de tomar una decisión distinta, necesitaba que todos lo siguieran al mismo tiempo. ¿Pero y si todos no estaban en este punto? Nadie manda sobre el corazón de otros. En fin. Se habían señalado delante de todos. Aquel teatrillo había sido más que evitable y eso la molestaba muchísimo. Había estado a punto de descubrirlos y, total, ¿para qué?

Eso pensaba Blanquita mientras obviaba su camino a casa y alargaba, saltando de roca en roca, el final del día. Sus dos pequeños se habían quedado con la hija de su nueva vecina y contaban con que llegarían tarde, de modo que no había prisa. Aquel aire que se levantaba la haría sentir mejor, o eso es lo que ella creía.

El mar de mis costas, quizá no te lo haya dicho, adapta su azul al ánimo de las almas que siente en la cercanía. Es lapislázuli cuando la mente se les nubla y cerúlea cuando celebran alguna alegría. A veces, mi línea del horizonte se confunde con el fondo, y otras veces un hachazo en egeo rompe lo de abajo con lo de arriba. Aquella tarde, mi costa había tornado a un índigo amenazante. Pronto sería imposible distinguir la oscuridad de la noche del fondo turbio que deja el rizo de las olas.

Entonces, una luz de un barco al horizonte le trajo un recuerdo que había creído perdido: el del sol cálido en la coronilla, Fernando destapándole los hombros, el destello contra una sonrisa; un paseo por Lisboa de la mano, la luna de miel, las promesas, el futuro. Más promesas: todas bonitas. Recordó a un Fernando que no podía quitarle las manos de encima en cualquier esquina, las noches largas de sudor, la envidia en la mirada de todos

cuando los veían bailar juntos. Dios mío, Fernando: qué bien se movía. El galope sobre sus caderas fornidas, el deseo que parecía insaciable, el amor.

El amor.

Algunos recuerdos nos protegen, ¿no es cierto? Son como vacunas contra lo que, antes o después, nos deparará la vida. Y algo tiene la memoria que es invariable en cada paso: nos aleja del presente. Una se pierde en la cabeza, en la danza incesante de pensamientos que crecen como flores y antes o después deja de poner el ojo en donde debe, y en este caso, Blanquita, deslumbrada por la luz cegadora, mezcla de un pasado intenso y la luz intensa de un lejano barco, puso el pie donde nunca debió haberlo hecho.

Y resbaló con la roca.

Las olas alcanzaron sus rodillas y cayó al agua.

XI

De vuelta a Majopama y a Carina le siguieron, con más o menos ganas, casi todos.

Se congregaron en una fila india y pasaron por delante de José, que los miraba queriendo hacerles ver lo mucho que le mortificaba aquello:

—Usted no, padre, no se apure por enseñarnos, que confiamos plenamente en su ejemplaridad.

—¿Y qué hay de nuestra ejemplaridad? ¿Esa sí se pone en entredicho?

—No te angusties tampoco tú, Luisa —apuntilló Anne-Marie, menos compungida de lo que estaba hacía un rato. Aprovechó para levantarse de la silla en la que se había sentado y meterse las manos en su pantalón de hilo de cintura alta, mientras caminaba de un lado al otro del salón diáfano. Parecía que ahora pensaba en alto—. Sabemos que esto probablemente no ha sido más que un malentendido. El collar debe haberse caído cuando lo hizo la lámpara y alguien en un descuido lo tuvo que coger. Que nadie piense que esto que hacemos es porque no confiamos en alguno de nuestros vecinos, ¿eh? Que ninguno ni ninguna interprete que aquí buscamos mala intención donde sabemos, seguro, ¿verdad, chérie?, que no ha habido más que un descuido. Estamos construyendo una gran familia y esto es parte de ese esfuerzo —se paró y asomó la vista por la ventana que daba al patio—. Acabemos pronto con esto y así podremos pasar a degustar los profiteroles de queso. ¿Oléis eso? —levantó su dedo con dirección a la cocina, inclinando ligeramente su oído, como si además de olerlo pudiera oírlo—. Es la prueba de que ya está todo preparado.

—¿Pero es que piensas que después de este bochorno van a seguir los ánimos como para comer queso? —se quejó Manuela, que agarraba con fuerza a su marido mientras esperaba su turno cabeceando de un lado al otro, indignada por la situación en la que se había visto.

Doña Pilarita, que había estado esperando en la cola a que le llegara su sitio y a la que habíamos visto más quieta que a los otros, más callada y atenta a los movimientos de todos que a los demás, se adelantó a sus convecinos en un impulso, saltándose a las seis personas que aún tenía por delante.

—Prefiero enseñarte mi bolso antes de que descubras lo que tengo y la cosa vaya a más —dijo.

La expresión de Anne-Marie se dibujó entre la sorpresa y el hambre de espectáculo.

—Cuéntanos, Pilar —dijo, separándose de la ventana y acercándose un paso—. De modo que también tú tienes un secretito.

XII

—Cogí esto, pero tenía intención de devolverlo.

Conviene decir aquí que Pilarita es una *señora respetable* y así lo demuestra en todo. No solo es respetable, sino que pone verdadero ahínco en que se le note. Pasa ya la edad de merecer y su falda siempre se corta bajo la rodilla; el pelo, así venga un poniente horrible, lo luce debidamente lacado y jamás, en los años en los que después le seguiría yo la pista, olvida un cumpleaños. Aquella noche, Pilarita guardaba un secreto, y antes de que la juzgues en exceso, déjame decirte: ¿es que acaso no lo guardamos todas?

—¿Y para qué podrías querer una toalla de mano bordada con mis iniciales y las de mi marido? —dijo sujetando la tela que acababa de colocar sobre la mesa.

Los asistentes a la primera cena de Santaurora se miraron desconcertados. ¡Quién podría haber predicho que la noche les traería todo esto! Pues verás. A decir verdad: yo. Yo podría haberlo predicho. No podéis evitar liaros cuando no hace falta, complicar las cosas, enredaros. Y si no, deja que te muestre.

El día en que Anne-Marie y José decidieron convocar aquella primera reunión, lo hicieron llamando puerta a puerta a cada vecino en Santaurora. Acudieron, como se hacía entonces, con invitaciones escritas a mano, señalando fecha, hora y lugar del encuentro. Aprovecharon para presentarse en condiciones, aunque a ellos ya los conocían todos por ser los promotores del barrio, y en cada uno de los encuentros trataron de averiguar más sobre sus singulares vecinos. De todos ellos descubrieron algo: aquellas casas tan perfectas ofrecerían la incomparable oportunidad del borrón y cuenta nueva. Una vida a estrenar. El sueño de cualquier humano.

—Pues ya tenemos a la culpable de todo —dijo Luisa, cerrando su bolso y negándose de una vez a continuar con aquel bochorno.

—Ah, no, no. De eso nada, bonita —replicó Doña Pilarita—, que yo con el collar no tengo nada que ver. Esto solo lo cogí prestado porque me gustó mucho el bordado y quiero copiarlos para los míos en casa.

—¿Y la intención era entonces contarnos antes de irte y volver a ponerlo de vuelta? —preguntó José, ante la mirada divertida de los que siempre estaban por encima de las circunstancias.

—Por supuesto, ¿qué piensa usted? ¿Que voy yo a coger algo sin permiso para qué? ¿Para robarlo? —Todos se miraron, confundidos por la respuesta de tan distinguida señora— ¿Ha visto usted la casa que me he hecho en el 75? ¿Cree alguien, honestamente, que yo necesito robar para algo?

—Hay quien no lo hace por necesidad, sino por gusto... —Carina lo dijo sin levantar el tono, en lo que creyó era una confidencia con su acompañante, pero todos giraron su cabeza para que siguiese hablando—. Quiero decir, ¿igual no lo necesitaba, pero disfruté robándolo? Es una enfermedad, no crean. Que aquí nadie la está juzgando...

—¿Pero qué enfermedad ni enfermedad? —se quejó Doña Pilarita— Tengo siete baños en la casa nueva y me gustó esta toalla de mano, ¿es eso tan raro? Siete baños. Carina,

tú solo tienes dos, así que ya entiendo que no tengas que pensar mucho en cómo decorarlos...

Carina se replegó sobre su asiento, molesta por el desplante tras su comentario, que *de ningún modo* había sido malintencionado, pero qué podía hacer ella: hay quien siempre se lo toma todo a la tremenda.

—¿Así que ha sido solo la toalla? —le preguntó José— Del collar, nada. ¿Son dos temas separados?

—Así es —contestó resuelta Doña Pilarita—. Dos temas completamente separados.

Pero aquí un tema importante que puede que conozcas o puede que te resulte ajeno: en lo que se refiere a asuntos humanos, nada está nunca completamente separado.

XIII

A pesar de las reticencias de una buena parte de los comensales, al final todos acabaron pasando por capilla. Uno a uno vació sus bolsillos, una a una vació el contenido de sus bolsos frente a los otros, no sin darnos alguna sorpresa que nos amenizara la noche, que no fue solo Doña Pilarita la que nos enseñó de qué pasta estaban hechos los vecinos de esta comunidad, que ya te he dicho, era diferente a las otras y en el fondo tampoco tanto.

Descubrimos que Luisa nunca acudía a una cena sin un par de bocadillos de chorizo pamplonica encima, que envolvía en papel albal y guardaba en bolsas herméticas para luchar contra el olor que inevitablemente desprenderían. Lo hacían, dijo como si la conclusión fuera obvia, por si le daba un apretón a ella o a Santiaguillo: eran de esos a los que con poco se les baja el azúcar. También nos gustó descubrirle los bolsillos a Alfonso, que hasta ahora había estado muy callado y que por momentos pareció aliviado al ver que no le tocaría, y aunque trató de acudir dos veces al baño, José había puesto al servicio cuidando de las puertas de cada uno de los seis baños de la casa, consciente de que podrían deshacerse del collar por el retrete llegado el caso.

—¿Y para qué quieres tú esto?

Anne-Marie levantó un simpático muñequito de fieltro: un ratón con dos botones por ojos que debía tener tantos años como su dueño.

—Eso es privado —se quejó Alfonso.

—Privado aquí ya no es nada —contestó Luisa, aún guardando su bocadillo de vuelta al bolso—. ¿Para qué querría un hombre de cincuenta años...?

—Cuarenta y siete —corrigió Alfonso.

—¿...De cuarenta y siete años —prosiguió Luisa— semejante tontunada?

—Es mi ratón de la suerte —dijo con voz baja.

—¿Tu qué? —achucharon desde el fondo.

—¡Mi ratón de la suerte! —confirmó, alzando ahora la voz—. Me da suerte cuando lo llevo encima y por eso nunca he dejado de llevarlo conmigo en situaciones importantes.

—Supersticiones —se quejó el cura.

Anne-Marie levantó una mano en dirección a Don Asencio. Parecía ahora más interesada que nadie, observando el hocico del ratoncillo cada vez más de cerca.

—¿Y cómo sabes que te da suerte?

—Fácil —Alfonso parecía haber estado esperando este momento toda una vida, así que comenzó a explicar su caso—: lo conseguí en una feria cuando tenía seis años. El mismo día que me tocó, hubo una gran tromba de agua que destrozó mi casa y la de mis compañeros del colegio. Toda mi comunidad se quedó sin nada.

—¿Y tenemos que entender que eso... fue algo bueno? —inquirió Fer, que llevaba tiempo sin decir palabra.

—No, hombre, no. Igual me he explicado mal, habréis pensado: ¡pues menudo psicópata! —de pronto, todos callaron, nadie contestó a aquello—. Quiero decir que el mismo día en que este ratoncito entró en mi vida empezaron a pasar cosas. Hasta esa tarde en mi vida no había pasado nada, ¿sabéis? Todos los días exactamente lo mismo. El trozo de pan con chocolate en la mochila de la escuela. El beso de mi madre. El saludo de mi padre. Después, andar con cuidado de no pisar las rayas hasta que llegaba a la puerta del cole, donde comenzaban las collejas —Alfonso parecía estar disfrutando de su historia como si hubiera ocurrido solo ayer—. Pero después de la tromba de agua, todo cambió.

—¿A mejor? —dijo, ahora con cierta esperanza, Carina.

—Mmmmm, no siempre a mejor, no. Pero cambió —aclaró—. Nos mudamos de barrio, hice nuevos amigos, algunos de los antiguos perdieron para siempre sus casas —lo pensó por un momento—. Los de las collejas —aclaró.

Pasadas las nueve de la noche, el cielo se volvió amenazante. Unas nubes pesadas y graves tapizaron el cielo en mil y un tonos de gris y el sol tuvo a bien acabar por esconderse, para dar por fin paso a una noche inusualmente negra.

El párroco dijo entonces:

—Pues a mí estas brujerías no me gustan nada.

XIV

—¿Y no es raro que no haya vuelto ya Blanquita? —insinuó, no sin cierta picardía, Doña Pilarita.

—Me temo que sigues siendo la principal sospechosa —aclaró Fer, temiendo que endorsasen a su esposa el robo.

—Ah, no —Luisa se levantó y agarró de la mano a su Santiaguillo, dispuesta a acabar de una vez con todo aquello—. Aquí ya hemos enseñado todo lo que teníamos que enseñar y estamos todos limpios. La única a la que nadie ha investigado ha sido a Blanquita.

—Y al cura —se quejó Alfonso, con cuidado de no decirlo muy alto por lo de la ejemplaridad, pero aun así, diciéndolo.

—¿Pero no es conveniente que Blanquita desapareciese justo en el preciso instante en el que vino aquella mujer, como se llamaba, Solilla, a contarle a Anne-Marie que algo había ocurrido dentro? —dijo alguien.

—Pamplinas —les reprochó su marido—. Blanquita es muchas cosas, que ya os lo digo que bien lo sé yo, pero le importan un bledo las baratijas. Fijaos en cómo será la cosa, que por nuestra boda le regalé los pendientes de mi abuela y en dos días los perdió. Claro, que ya tenía yo que haber visto la mala disposición en ese gesto... —miró a Marie entonces, se lo pensó dos veces y se levantó de su asiento—. Solo nos queda el cura.

Anne-Marie los observó a todos en silencio.

Ya os dije que esta es una comunidad especial y lo es porque lo son sus miembros. Nunca ha dejado de sorprenderme el hechizo que una persona puede ejercer sobre los otros y siempre me pregunto de dónde viene eso: hay personas con luz propia, cuya fuerza no se doblega ante la de nadie y otras, sin embargo, vienen al mundo a ocupar papeles secundarios, a obedecer a los demás. Anne-Marie, ya lo has visto, era de las primeras. Su luz, ya te dije que tardé en verla, era diferente a la luz de todos sus ancestros: el modo en el que sujetaba su cabeza sobre su largo cuello, el singular gesto que hacía con sus manos cuando ordenaba algo a alguien con gracia, con elegancia, con una natural falta de esfuerzo. Te diré algo: unos cuantos siglos atrás y, por pedir, un cambio de sexo, y habría dominado con un simple pestañeo innumerables ejércitos. Los habría liderado con buen juicio y estrategia, y no habría habido enemigo lo suficientemente fuerte, ni lo suficientemente grande, que a Anne-Marie se le pudiese haber resistido.

—Dejemos a nuestro querido Don Asencio —sentenció, calmando los ánimos—. Creo que ya ha tenido suficiente esta noche. Vamos —los animó a todos con sus manos—. Sentémonos a acabar la cena —el servicio había entrado y colocaba las ostras y el foie sobre la mesa.

Contra todo pronóstico, y a pesar de lo mucho que habían todos jurado que no lo harían, se sentaron. Quizá fue el hechizo de Marie o tal vez fue el hambre, que siempre acecha una vez baja la adrenalina. Sirvieron el pato entonces con lentejas verdes de puy; también un gratin Dauphinois que se dispuso justo en el centro de la mesa, y por sorprendente que parezca, la comida y el vino pronto aplacó los malos humores que aquel suceso tan desagradable había creado.

Pero nada duraría demasiado: faltaba Blanquita y faltaba el collar de oro, y por más empeño que pusieron en perderse en la explosión de sabores que les produjo en el paladar los exquisitos manjares con los que la anfitriona los había querido agasajar aquel primer día, bien sabían todos que aquella burbuja de paz tardaría poco en estallarse.

XV

Llamaron a la puerta y acudió José.

Desde el salón asomaron la cabeza.

—Buenas noches, familia.

Un policía se encontraba esperando en la entrada con su compañero en el asiento del copiloto del coche patrulla. Se miraban de reojo entre ellos, quizá pensando que nadie podría percibir sus gestos sutiles, pero años de entrenamiento marital con su chérie lo habían catapultado a la primera liga en traducción psicológica.

—Buenas noches —contestó un José algo confundido a estas alturas de la noche—. ¿Está todo bien?

—No lo sé. Eso esperamos todos —contestó el agente.

—¿Cómo dice?

—Me presento —extendió una mano a modo de saludo y dijo—: Soy el agente Tomás Roldán y aquí mi compañero, Noé.

—Mucho gusto —añadió José.

—Hemos recibido una llamada desde un barco pesquero del puerto. Nos dicen que alguien se cayó desde las rocas antes de que entrara la noche.

—¿Ajá?

—También nos dicen que esa persona iba con atuendo de haber acudido a una fiesta.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros? —contestó José.

—Hasta donde yo sé, esta es la única fiesta que se organiza esta noche en toda Santauroa.

—Correcto —dijo Santiaguillo, que había acudido a la puerta al notar la presencia de la autoridad, que no era tema que Santiaguillo tomase a la ligera —. Díganos, agente, ¿qué podemos hacer? ¿Cómo podemos servirlos del mejor modo?

—El reporte indicaba que, con toda probabilidad, se trata de una mujer de mediana edad. A los pescadores les pareció que su falda se enganchaba con una roca y antes de que pudieran darse cuenta, cayó sin remedio al agua.

Acabado el plato principal, los asistentes a la cena se congregaron alrededor de la puerta de la entrada.

—¿Y no podría ser Blanquita? —dijo, horrorizada, Carla, la mujer/amiga de Sandra; pero el policía pareció no escucharla, ni siquiera verla.

—¿Han acudido ya ustedes al puerto? —Anne-Marie se mostraba molesta por la inoportuna aparición de los agentes en mitad de su exitoso evento.

—¿Que si hemos acudido...? —el agente Tomás contestó contrariado: no estaba acostumbrado a que una mujer pusiese en duda su trabajo—. Por supuesto que hemos

acudido, pero entenderá usted que, con esta luz y ese puerto tan poco iluminado, pues bien poco hemos descubierto, de ahí que vengamos a molestarlos.

El último en llegar a la puerta fue Fernando, quien se hizo un hueco entre todos para ponerse cara a cara frente al agente, quien se sorprendió por la prisa de aquel señor y, ante la inminente cercanía de su cuerpo, se llevó su barbilla al pecho.

—¿Y usted es?

—Fernando Chacón, el marido de Blanquita.

—¿Y Blanquita es...?

—La de la joyería —contestó Alfonso.

—¿De qué joyería están ustedes hablando?

Tomás Roldán se mostró profundamente molesto por aquel juego de palabras al que nadie parecía haberle invitado. Fer trató entonces de explicárselo de una vez todo:

—Mi mujer, Blanquita, dejó la fiesta hace alrededor de una hora y media y no hemos vuelto a saber de ella.

—¿Y no se ha extrañado usted ni un poco?

—Verá, agente: es que se pelearon —añadió Luisa.

—¿Y me puede indicar por qué se pelearon? —Tomás apuntaba con sus ojos directamente hacia Fer, de pronto interesado por aquello que le estaban contando.

—Nada importante: desavenencias naturales de todos los matrimonios.

—Si tú lo dices... —murmuró Carina.

Todos se volvieron hacia ella, que no lo había esperado.

—Hable usted —le indicó el agente con la mano, extendiendo un solo dedo en su dirección.

Doña Pilarita se adelantó un poco y dijo:

—Yo no sé qué puede haber pasado, ¿eh? Pero ya le digo que esos modos que se tienen estos dos no son los *naturales de todos los matrimonios*.

—Pero Pilar —se quejó Santiaguillo—, ¿no le parece a usted que no es lugar para meterse?

—Ah, no, no, no pongáis ahora esas caras —Doña Pilarita se giró para enfrentar a todos sus vecinos—, que yo no he dicho nada que no hayamos visto todos.

El agente intervino:

—Fernando, ¿era Fernando? —Fer asintió, más confundido que molesto por todo aquello— Dígame: ¿Qué le pasaba entonces a usted con su Blanquita?

XVI

Algo bueno tienen las noches inusualmente oscuras: las estrellas resplandecen como imponentes luceros. Aquella noche oscura en particular se percibían con absoluta claridad los trazos que las estrellas fugaces dejaban cortando de una esquina a la otra todo el firmamento, recordándonos lo poco que importa un minúsculo momento de la historia: hasta el más grande acabará ardiendo.

La mayor luz que rompía aquel día el cielo de Santaurora provenía de Majopama, y el único ruido era el del jolgorio de la fiesta de inauguración que Anne-Marie había organizado con precisión para todos sus convecinos. Cuando apareció aquel policía y los vi a todos tan unidos, juntos en la causa del collar y en la desaparición de Blanquita, casi me dio pena saber lo que había debajo de todo este lío.

Y no te diré que me sorprendí, porque sorprender a estas alturas a esta roca es complicado después de todo lo que llevo vivido, pero digamos que esta nueva Santaurora que construyeron sobre mí me ha devuelto una maravillosa capacidad de mirar al mundo con ojos nuevos, así que bueno, sí, igual algo sí que me sorprendí. Ya os he dicho que a este barrio le tengo, inevitablemente, especial cariño.

No te distraigo: te sigo contando.

XVII

—Fernando —repitió el agente—. Le estoy preguntando. Se lo repito una vez más: ¿qué le pasaba entonces a usted con su Blanquita?

Fernando volvió en sí, de pronto menos ensimismado.

—Pues según dijo ella justo antes de irse, íbamos a divorciarnos.

—Un divorcio —Noé se rascó con sospecha la barbilla—. ¿Y es que no lo había sabido usted hasta esta noche?

—Pues verá usted: esta noche, frente a todos mis queridos hermanos fundadores, he tenido el privilegio de tener la primera noticia —contestó Fernando, estirando una falsa sonrisa sin dientes.

—¿Estaban entonces bien hasta que llegaron a la fiesta?

—Bueno —levantó entonces una mano—. Que yo tampoco he dicho eso. Bien bien... pues tampoco estábamos.

—¿Y le puedo preguntar qué es eso tan malo que les había pasado?

—Eso quisiéramos saber todos —dijo Santiaguillo ahora.

—Es privado —Fernando negó con su cabeza y cruzó los brazos sobre su pecho, cerrándose en blindado.

—Pues tendrá que contárnoslo.

Tomás Roldán ya no estaba para juegos y su semblante comenzaba a denotarlo.

—¿Es obligatorio, agente?

—Ehm. No es obligatorio, claro —se adelantó Noé—. Pero entenderá usted que esta historia que cuentan lo convierte en el principal sospechoso.

—¿Sospechoso de qué? —preguntó Fer, escandalizado.

—De tirar a su mujer por el puerto.

—¡Ja! —exclamó, llevando las manos al cielo—. Como si mi mujer necesitara ayuda para algo. Ya le digo yo, agente: Blanquita no necesita ayuda ni siquiera para eso.

—¿Y no es sospechoso —dijo ahora Alfonso— que escuchando lo que está el caballero escuchando no se encuentre al menos un poco contrariado?

Santiaguillo asintió:

—Si mi Luisa se hubiera caído por las rocas no sé cómo habría reaccionado.

—Seguro que así no —contestó su mujer, orgullosa de tan noble declaración pública de amor por parte de su querido esposo.

Fernando sonrió con tristeza:

—A Blanquita no le ha pasado nada.

Los agentes se retiraron un momento a comentar la escena. El resto de los vecinos callaron, sin saber a dónde les llevaría todo aquello.

—Este señor está en negación y, además, aquí falta algo —dijo Tomás, pasándose con fuerza la mano de arriba abajo a lo largo de su cara arrugada.

—Bien —Fernando se envalentonó delante de todos y dio un paso al frente, separándose del grupo—. Si yo soy el principal sospechoso, ¿me explica alguien cómo pude tirar a mi mujer por las rocas? He estado toda la noche sentado con mis vecinos en esta casa, presenciando el espectáculo lamentable del robo. Ni un minuto me he separado.

—¿Cómo dice? —inquirió Tomás.

—Un robo —Noé asintió: parecía que por fin daban con lo que estaban buscando—. Así que Blanquita robó algo y por eso desapareció después.

—El collar de mi mujer —añadió ahora José, que había estado en la penumbra por todo este rato—. Un precioso recuerdo familiar de gran valor... y no solo sentimental —repitió una vez más.

—Mi mujer no lo robó, qué tontería es esta. Blanquita es joyera. Ya os lo he dicho. ¿Para qué lo querría ella? No lo necesita. Tiene todas las baratijas que quiere en la joyería y todas, ya os le dije, le importan un bledo. A Blanquita solo le importan sus salidas, sus idas y venidas, que nadie se le ponga en medio. ¿Lo demás? ¿Su marido? ¿Sus niños? ¿Su maravillosa gargantilla? Eso: un bledo.

—¿Han reportado ustedes el robo?

—Oh, eso no ha sido necesario, agente—contestó ahora Anne-Marie, con una sonrisa que quería infundir calma—. Solo ha sido un desafortunado malentendido que hemos resuelto aquí entre todos. Verá —se acercó un poco más, con la esperanza de expandir su hechizo a aquellos dos caballeros—: es la cena de inauguración de los hermanos fundadores de esta nueva Santaurora y las cosas se nos han ido un poco de madre, pero nada que no podamos controlar sentándonos de vuelta para el postre.

—¿Pero han dado con el collar entonces?

—No —dijeron todos al unísono.

Los policías se separaron una vez más de todos para llegar a una conclusión juntos. A la vuelta de lo que pareció un intenso debate, el agente Tomás Roldán dijo:

—¿Pueden acompañarnos?

—¿Todos? —contestó el cura.

—Todos —esta vez habló Fer—. Aquí no se queda nadie.

XVIII

Los agentes pidieron ayuda de rastreo para dar con la desaparecida. Algunos convinieron peinar las calles y otro grupo se aventuró en su camino al puerto.

Los primeros cruzaron el parque central, cuyos árboles en aquellos años aún no había vestido la AAAS (Asociación de abuelas y abuelos de Santaaurora), ni de cuyas farolas colgaban con gracia bombillas y banderillas, y ni siquiera pararon para apreciar, como siempre se ha hecho, el monumento frente a la fuente de Buenaesperanza, de la que ya en esta época brotaba un agua recia y limpia. Se adentraron por entre las callejuelas, recortando tras la calle Lindo, y acabaron su camino en la punta frontal de mi colina. Desde allí subieron hasta el Faro, y con sus manos como viseras trataron, sin suerte, de ver algo que les sirviera de pista.

Son extrañas las búsquedas de personas, te lo dice quien ha visto más de una: en los comportamientos de sus rastreadores ves todo lo que tienes que ver, porque la mayoría, por más que busquen, lo último que en realidad quieren es dar con lo que buscan.

La otra mitad del grupo subió por la calle León y cada pareja lo hizo de la mano, para nada más bajar por la senda Zambrano toparse con una enredadera de rocas que cubría este lado de la colina de lado a lado. A esta hora de la noche no se apreciaban las buganvillas en flor, pero el olor del jazmín de las calles explosionaba en cada cruce de camino, embriagándolos. El jazmín tiene una nota aguda que confunde en esta época del año, ¿sabes? Que te hace pensar que las cosas, en el fondo, nunca pueden estar mal del todo, a pesar de estarlo.

Llegaron entonces al puerto y la visión del mar embravecido oscureció sus ánimos.

—Tuvo que ser por aquí —dijeron los policías, atentos, como los demás, por la reacción de Fernando.

—¡Blanquitaaaaaaaaaaaaaa! —gritó entonces Santiaguillo a pleno pulmón, a lo que el resto de los vecinos pronto se sumó.

—¡Blanquita!

—¡Blanquita! Si nos escuchas: ¡di algo!

A pesar de las advertencias de Tomás y Noé, algunos tomaron la iniciativa y se adelantaron. La naturaleza es así: como se contagia la ira, se contagia la bondad humana, el espíritu innato del cuidado. Con cabeza y sin pausa, colocaron sus pies sobre las superficies más aplanadas en los espacios entre roca y roca, ayudándose de los brazos de los otros y dejándose guiar por la luz de unas linternas que habían sacado del coche patrulla. Pronto se convirtieron en una marea humana que buscaba incesante al único miembro que les faltaba, quizá de pronto convencidos de que sin ella nunca llegarían a ser la promesa que auguraba su nuevo barrio. Una comunidad de vecinos que se precie funciona como un único pulmón que respira al unísono, por mucho que alguno, inevitablemente, tosa de cuando en cuando.

Las olas, que solo unas horas antes, en aquella tarde calmada y preciosa con la que empezaron la velada, habían dejado al mar plato, ahora chocaban contra los laterales de las rocas con furia, tronando en cada nueva estocada. Una brisa marina salpicada de espuma

levantaba los estudiados tupés de los hombres y sacaba los coleteros a ellas, impidiéndoles estudiar el terreno con el riesgo que la escena merecía.

—¡No pasen de aquella hendidura, que allí el retorno de la ola los arrastra!

Pero Fernando, que por primera vez parecía haberse tomado en serio lo que había ocurrido aquel día, había adelantado al grupo a grandes zancadas, y avanzaba temerario propinando saltos e ignorando los gritos que trataban de alertarlo.

La siguiente escena ocurrió en un solo instante, pero esto quedó claro: si no hubiera sido por Anne-Marie, Fernando se hubiera ahogado. La anfitriona, que desde niña había dispuesto de una constitución atlética y fuerte, se encontraba inclinada en posición imposible para salvar al marido de Blanquita del azote asesino de las olas de aquella noche.

—Déjame irme, Marie —le dijo—. Sin ella, nada importa.

Pero para ese momento ya todos lo rodeaban, y sacaban del agua a un Fernando que había perdido treinta años en el trayecto y se mostraba pequeño y compungido.

—¡Un collar! —gritó entonces Alfonso, quien lo sacaba con esfuerzo del espacio entre dos grandes peñascos con un palo improvisado a modo de caña de pescar—. Un collar dorado... ¿jy con amatista?! —se preguntaba en alto.

Por orden expresa de la autoridad, los vecinos salieron de aquel laberinto de olas y se pusieron a salvo, algunos apoyados sobre los árboles, otros tumbados mirando al cielo mientras recobraban el aliento.

—Es el collar de mi mujer —confirmó José—. Debió de cogerlo Blanquita... y en un accidente fatal tuvo que perderlo aquí.

—¿Y a quién le importa tu maldito collar? —le reprochó Fer, dirigiendo una mirada envenenada ahora a Marie—. Esto es todo lo que querías, ¿no es así?

Luisa, que no había generado un gran afecto por su vecino aquella noche, se decidió ahora un paso al frente, importunada por la actitud de Fernando:

—Vamos, entendemos tu malestar, pero esto no es culpa de Anne-Marie, ella bastante ha tenido con hospedarnos a todos y perder su querido collar —y mirando hacia un lado, prosiguió—. Hasta hace un momento, además, tampoco parecía demasiado preocupado por su mujer...

Fernando se giró entonces hacia la anfitriona, que en ese momento se abrochaba el collar familiar alrededor del cuello y se atusaba sus blancos pantalones de talle alto, los que a pesar de la suciedad y los lamparones de agua se mantenían, inexplicablemente, bien planchados.

—Has sido tú la que lo ha tirado al agua —dijo entonces él.

Marie volvió la vista a Fernando, al que ahora todos miraban con la lástima con la que se mira a un hombre desquiciado, y trató de devolverle algo de compasión a su ira:

—Vamos a seguir buscando, Fernando. No pierdas la esperanza tan rápido.

El agente intervino entonces:

—Vamos a seguir buscando, sí, pero seamos claros: no creo que sea beneficioso alentar a este caballero con falsas esperanzas. Esto pinta feo —y esto lo dijo volviéndose a Noé, como si no todos pudiesen escuchar lo que obviamente escuchaban—. No hay manera de que una mujer de metro sesenta y sesenta kilos pueda haber sobrevivido a semejante temporal en una noche tan cerrada.

Cuando Tomás Roldán pronunció la palabra *temporal*, el cielo le hizo caso: comenzaron entonces los goterones sobre los rostros de todos y un viento del mar revolvió las cabelleras que aún conservaban el peinado.

Fer, que todavía jadeaba por su aparatosa salida de las rocas, de la que Marie valientemente lo había salvado, se levantó como una hiena desde el suelo para encararse con todos:

—Ha sido ella, ¿es que no lo veis? Ha sido Marie la que lo ha orquestado todo.

José dio un paso para defender a su esposa, no siendo costumbre en casa que él resolviera los asuntos de todos, pero esta lo paró con una mano.

En medio de la oscuridad de la noche, cuya negrura solo cortaba la luz expansiva de las linternas picoteada por la lluvia, la anfitriona caminó con decisión hasta Fernando, quien se levantaba con dificultad tras las magulladuras del golpe. Al llegar a su lado se reclinó en su dirección, dejando las colgaduras del collar de Marie agitarse frente a los ojos encendidos de su contrario:

—Lo que tengas que resolver con Blanquita, lo tienes que resolver con ella y no conmigo.

Y fue entonces cuando Fernando dijo las palabras mágicas:

—Lo dices como si todo esto te pillara por sorpresa.

XIX

Te dije que había dos personas a las que inequívocamente no le gustan los juegos, pero lo que no te dije es a quién le gustan los juegos siempre, pase lo que pase y bajo cualquier circunstancia, y esa es a nuestra anfitriona.

Por otro lado, también te dije que todos tenemos nuestros secretos: los fenicios ciertamente los tenían y los griegos no se quedaron lejos. Así lo viví de cerca. Yo, ya que estamos, también los he tenido, y apuesto a que es probable que también tú los tengas.

Y es que años de entrega a un padre enfermo y una temprana pérdida de su principal referente materno relegaron a Marie al ocio y la fantasía, en algunos casos, llevados al extremo. Una mujer adulta necesita de cierto entretenimiento, ¿o es que a alguien le basta con atusar las plantas de los floreros? De forma que con el roce y la costumbre que solo nos regala el tiempo, José acabó acostumbrándose a sus cosillas. Al principio, le parecieron menudencias: pequeños pecadillos que uno perdona solo a una compañera de vida y que existen en cada matrimonio. Subrayo esto porque son ya infinitos mis siglos de historia: los hay en todos los matrimonios. Todos los amantes tienen una brújula interior que los empuja a mirar hacia otro lado cuando nuestro objeto de pasión se equivoca, de modo que la condena que sufrirían aquellos que no idolatramos nunca la sufren los nuestros. Con los nuestros, con las nuestras, nada es tan grave, tan problemático, tan macabro.

Pero pronto esas menudencias fueron a más y en cada caso pillaron a José por sorpresa, quien había cogido buena costumbre de pasar por alto los deslices de su chérie. A veces, el cartero; a veces, la panadera. Unas veces duraba unos días y otras parecía que la cosa no habría modo de romperla, pero no había mapa lo suficientemente grande para albergar un lugar seguro para un matrimonio tradicionalmente feliz. Y aunque ya eran muchos años juntos y los juegos, los escarceos, las salidas y entradas de Anne-Marie eran muchas y coloridas, a José nada le parecía del todo importante si cada noche cada uno se acostaba a cada lado de su mesita, porque al final no hay códigos escritos en piedra, y menos en esta que ahora recita, sobre cómo ha de comportarse una pareja que se dice feliz.

Así transcurrió todo hasta que dejó de hacerlo. Fer y Blanquita fueron los primeros vecinos que se unieron a la propuesta del proyecto que le hizo José, y lo hicieron capturados por el encanto de la anfitriona, a la que hubieran seguido de ojos vendados hasta el final de los tiempos.

Fue Blanquita la que dijo:

—No hay nada que pensar —mientras firmaban un gran cheque donde se les adjudicaba un número de casa y la calle que daba a Cala Vieja—. Viviremos aquí.

Pero si era experta en algo Marie era en llevar sus aventuras en absoluto secreto. El amor y el respeto que le unían a su chérie le impedían airear ninguno de sus movimientos, y siempre operó con el mayor de los cuidados: jamás adornaba sus diversiones con ningún aspaviento. Ese era el pacto tácito al que José y Marie habían accedido y así lo respetaría siempre ella. En casa, jamás se hablaba de aquello. Solo una vez le dijo José al respecto:

—Algún día alguien se enamorará de ti como yo lo he hecho y entonces veremos cómo deshaces el entuerto.

Claro que ella no respondió, porque hay cosas en casa que se saben, pero no se dicen: ¿cómo sobreviven los matrimonios si no es de ese modo? Si existiera una luz especial con la que poder alumbrar todas las frases que flotan alrededor de nuestros seres queridos en la intimidad de las alcobas no habríamos resistido. Los secretos sirven para que podamos continuar con todo.

Y eso debió de pensar Anne-Marie cuando aquella noche vio a Fernando perdiendo los estribos. ¿Es que iba a hablar? Miró a Blanquita con esa cara que siempre, y tan bien, le había servido, pero había sido como si su hechizo hubiese dejado de funcionar. Aquel juego a tres que había empezado hacía ya más de un año se les había ido poco a poco de las manos, había sido evidente para ella casi desde el principio, pero qué sé yo: creo que nadie quiso parar.

Cuando Blanquita dijo «nos vamos a divorciar», Anne-Marie tuvo que pensar rápido, desviar la atención de todos, recordarnos una vez más al mundo que rara vez estamos mirando a donde debemos mirar. Aprovechó entonces la llamada de la sirvienta para esconder en un renuncio el collar dentro de su sujetador ajustado, y no contó con José para esto porque hay cosas para las que, ni con José ni con nadie, se podía contar. Habría sido demasiado obvio: José nunca tuvo tanta frialdad. Se necesitaba de cierto material genético para soportar una presión tan poderosa, pero una vez que comenzó, qué sé yo, no pudo frenar. No quiso frenar. Y eso es cosa que solía pasarle a nuestra anfitriona: le gustaban los juegos siempre llevados hasta el final. Así que montó aquel teatrillo y dejó que Blanca se fuera porque total, Blanquita ya la tenía acostumbrada a sus llantinas y sus ruegos, pero al día siguiente todo parecía estar igual. Tuvo claro que Fer al final no hablaría, ¿qué hombre como aquel querría admitir que su mujer había dejado de sucumbir a su masculinidad? Y bajo la lente de esa tesis, confió en que aquel fuego, al menos por un rato, se apagaría.

Y estuvo en lo cierto.

Al menos, hasta que llegó la policía.

A partir de ahí, tuvo que actuar rápido.

Pero espera, que vuelvo a la escena y termino de atarte lo que pasó aquel día.

—¿Y qué iba a tener que ver esta señora en todo esto?

Tomás Roldán se mostró contrariado por la extraña sugerencia de Fernando, del que hizo el esfuerzo de compadecerse dadas sus circunstancias, aunque su inclinación natural —el hechizo, si me preguntas— era el de sentirse más agradado por la anfitriona que por aquel tipo de talante antipático.

Todos se volvieron hacia el marido de Blanquita mientras él asimilaba que nunca volvería a ver al amor de su vida. Pensó en los últimos meses de triángulo amoroso, en cómo a veces nos encaprichamos y nos cegamos, sin ver las consecuencias últimas que puede traer nuestra conducta. Aunque en su caso, que más que haberse encaprichado, había vuelto a ver a Blanquita feliz tras mucho, y nada lo hacía sentirse más blando y vendido que la sonrisa de su Blanquita. Así que lo que empezó más por complacerla a ella que por él mismo, acabó generando un cisma en un matrimonio ya adulto que los habría condenado, y de ese modo se lo dijo antes de entrar en la fiesta:

—Esto tiene que acabarse, Blanquita —ella caminaba más adelantada que él, fumando un cigarrillo largo como largos eran sus dedos y sus elegantes uñas—. No me gusta a dónde hemos llegado, nos pone en una situación incómoda. Ahora somos una comunidad, ya estamos asentados en el barrio, es buen momento para que volvamos a ser en casa solo nosotros. Nosotros y los niños. ¿Estamos Blanquita?

Pero ella, como las veces anteriores que Fernando lo propuso, se negó en rotundo. El encanto de Marie era demasiado mágico y ni quince años de sólida relación habían conseguido formar una base lo suficientemente estable como para frenar su hechizo.

Un ruido sacó a Fer de su ensoñación. Era Carina, que profería un grito que había vuelto a unirlos a todos:

—¡Es Blanquita! —dijo señalando una roca de difícil acceso a la que no habían llegado en la excursión anterior— ¡Está viva, Fernando! ¡La marea la ha devuelto a las rocas y está viva!

El equipo de rescate tardó poco en llegar al puerto, y sintiéndose todos tan emocionalmente agitados, resolvieron volver a Majopama para no estar solos en aquel momento.

José y el servicio se encargaron de sacar toallas y mantas, bebidas con diferentes graduaciones, asientos para todos y algo para picar. Luisa sacó su bocadillo de chorizo del bolso para ella y Santiaguillo, y al acabarlo tuvo que tumbarse con las piernas en alto, porque decía que toda la situación la había dejado con el estómago fatal. Alfonso se aseguró de que todos supieran la suerte que habían corrido gracias a su ratoncillo de fieltro, y Don Asencio esta vez no se atrevió a comentar. Quizá, y solo quizá, pensó el cura, algunos amuletos pues tampoco nos hacían tan mal.

Blanquita resultó no tener más que algún rasguño, y de aquello dijeron que fue un milagro. Una vez la atendieron los servicios de emergencia, pudo unirse a la comitiva que la había salvado aquella noche. Agradeció a todos como la situación requería y sintió que, al fin y al cabo, y a pesar de haberse visto al filo de la desgracia, era afortunada de pertenecer a esta familia tan singular. Y al ver a Fernando allí con todos, sin separarse un segundo de

su lado y sin soltarle para nada su mano, sintió un calor que hacía años que había creído apagado. Este, por su lado, bebía en silencio y se juraba a sí mismo que nunca volvería a verse en situación similar. ¿No es extraño que a veces los amantes necesitéis de situaciones tan tensas para por fin volver a veros como lo hicisteis al empezar?

Y así estuvo a punto de acabar todo: cada uno volvería a su casa aquella noche y aquella anécdota quedaría fijada en la arena que me cubre, como la impresión con la que el agua da forma a las rocas. Una historia más con la que contar.

Pero entonces alguien dijo:

—Y al final, ¿por qué se llevó Blanquita el collar?

La anfitriona dio un paso al frente ante la mirada inquisitiva de todos sus convecinos, dispuesta a acabar bien con aquella noche que había comenzado mal.

—Queridos vecinos: a Blanquita a veces le gusta jugar.

Y diré que Blanquita tuvo en ese momento una perfecta oportunidad de quitarse de encima el sambenito, pero lo único que hizo fue callar. Fue una sola la mirada de Anne-Marie, un segundo único de hechizo: lo suficiente para que la joyera decidiese apechugar. Prefirió asumir las culpas frente a sus vecinos de algo que le era ajeno que perder aquel lugar especial.

Y Fernando, perplejo ante la mirada enredada de aquellas dos mujeres con las que no podría aburrirse jamás, supo que aquello solo acababa, una vez más, de empezar.

Sobre la autora

María Fornet es psicóloga y escritora de los ensayos sobre psicología feminista *Feminismo terapéutico* (URANO, 2018) y *Una mansión propia* (URANO, 2021), y de las novelas *Las mujeres de la familia Medina* (Almuzara, 2019) y *Azul Capitana* (Cáprica Ediciones, 2020).

En marzo de 2021 comenzó a idear el Universo Santaurora y optó por gozar de absoluto control creativo. Su primera entrega, *Una boda a medianoche*, vio la luz a principios de 2022, mientras gestaba a su segundo hijo, Rodrigo. La segunda entrega de la saga se preparó para otoño de ese mismo año.

En la actualidad, María envía una *newsletter* a sus lectoras con las que mantiene contacto frecuente, vive en Málaga, al sur de España, en una apacible casa desde la que escribe mirando al mar y en la que está increíblemente bien acompañada de sus no tan apacibles dos hijos, su perro Bubú y su maravilloso compañero Gonzalo.

Puedes seguirla en Instagram como @maria.fornet y en su web www.mariafornet.com

Tras la precuela, la primera historia en Santaaurora corresponde a la de
UNA BODA A MEDIANOCHE

*¿Y si descubrieras que tu perfecta vida
es todo menos perfecta?*

Leona Leal, madre de seis, disfruta de sus previsibles y tranquilos días en una villa de ensueño construida sobre el lujoso barrio de Santaaurora.

Cuando su marido Polo desaparece con todos los ahorros de la familia, Leona se encuentra sin recursos para afrontar esta crisis sin precedentes. Sin dinero, sin trabajo y con seis niños a su cargo, lucha para mantener su reputación y continuar con la vida a la que han sido acostumbrados.

En medio de la decadencia, Leona y sus cuatro amigas redactan cada semana *Socialité*, una revista que versa sobre los personajes del barrio y sus ostentosas vidas, y busca el modo de sobrevivir socialmente a semejante escándalo.

Cuando un objeto con una extraña insignia aparece como primera pista, Leona abre la puerta al tipo de aventura que ya nunca pensó que viviría. Un misterioso inglés se presenta como guía por un mundo nocturno cuyos secretos y tentaciones van a ayudarla a dar con la respuesta a la pregunta que más le quita el sueño:

*¿Qué es lo peor que un padre respetado podría haber hecho
con el dinero de sus hijos?*

Si te gustó *Gilmore Girls*, *Big Little Lies*, *Good Girls*, o *Mujeres desesperadas*, *Una boda a medianoche* cumple con las expectativas del género conservando los elementos sorpresa de un mundo aparentemente idílico y que invita a perderse en él.

¿Te intriga la historia de Leona? ¡Bien!

Pues aquí una sorpresa: te regalo el primer capítulo completo justo aquí abajo.

¡Espero que lo disfrutes!

UNIVERSO SANTAURORA

MARÍA FORNET

UNA BODA A MEDIANOCHE

UNA PERFECTA AMA DE CASA
UN MARIDO DESAPARECIDO
UNA SOCIEDAD SECRETA

Prólogo

Esta es la única verdad inmutable: todo cambia en un instante.

Y bien que lo sé yo.

Si alguien me hubiera dicho hace solo treinta días que mi vida tendría ahora mismo el aspecto que hoy tiene, no habría habido manera de que me convenciese. Hay cosas para las que no hay modo de prepararse. Aunque, pensándolo bien, tampoco eso me lo habría creído hace un mes.

Yo, Leona Leal, firme defensora de la preparación en la vida, la preparación como actitud, como modo de habitar este espacio que regento. «Que nada te pille con la maleta a medio hacer», les he dicho siempre a mis niños. A mis seis niños. Sí, has oído bien. Tengo cuarenta años recién cumplidos y seis niños a los que preparar para un mundo cuyo suelo se tambalea con furia bajo nuestros pies. «Una siempre debe tener un plan B y un plan C», solo así se pueden esquivar todos los peligros que nos acechan. Todas las mentiras y las traiciones. Todo conato de decadencia. Cualquier posibilidad de fracaso y descenso. En fin, ¿qué puedo decir?; se ve que me equivoqué.

Lo más extraño es que, hasta hace solo treinta días, mi vida era perfecta. Y, bueno, ya sé lo que estarás murmurando entre dientes: que nada es perfecto. Pues yo objeto: sí que lo puede ser. Yo quería que lo fuese, desde luego, y por mí nunca quedó para que lo fuese. Para mí, mi vida era absolutamente perfecta, y por eso me ha molestado tanto la situación en la que me he visto envuelta: yo me merecía lo que tenía, me lo había ganado y lo llevaba mejor que bien. Mi casa de tres plantas en el maravilloso barrio de Santauroa, desde la que, con mis enormes ojos marrones, disfruto de una privilegiada vista al mar que se despliega más allá de nuestro Club Náutico. Mi Mercedes-Benz GLS en azul marino que resalta a la perfección el ocre brillante de mi pelo y que mis niños, jocosamente, apodaron *la tartana*, donde cabemos todos *casi* holgadamente y que conduzco cada mañana cantando animosamente con mis pequeños terroristas de camino a Palms-International, un colegio exclusivo a la altura de las circunstancias que rodean el entorno que nos hemos trabajado con sudor y sangre. Mi arrebatador marido, Polo, del que caí irremediabilmente enamorada en el instante en que lo vi por primera vez y que no había faltado un día a sus obligaciones como el hombre de esta casa.

De modo que no. Si alguien me hubiese venido a decir que buena parte de todo esto se derrumbaría, ni siquiera me habría dispuesto a temer. Simplemente, le habría dado con la puerta en las narices, con la arrogancia grácil de la que siempre se ha salido con la suya. Además, si ese mismo alguien se hubiese atrevido a decirme que en mi vida nada es lo que parece, le habría dado un buen bofetón en la cara y habría vuelto a enredarme con la merienda de los niños, habría rematado las costuras de los disfraces de la siguiente celebración del cole o me habría ido a renovar la matrícula de vela para los tripleteles. «Tripleteles»: así es como llamamos a los trillizos. Dios, o el Universo, o quien quiera que esté ahí arriba y guste de tener un humor, cuando menos, inglés, me bendijo con seis hijos y tres embarazos de los que procuro no acordarme: mis trillizos, mis mellizas y mi pequeño, que aún no me creo que haya cumplido los cinco hace menos de un mes. Cosme, Caye y Camilo, ya a las puertas de la adolescencia; Águeda y Aída, con ocho preciosos años y un temperamento de aúpa, y mi pequeño Telmo, la luz de esta casa. No te preocupes si no

recuerdas los nombres: mi suegra, con la que por suerte convivimos ca-da-mi-nu-to de nuestras vidas, la mitad de las veces los dice al revés.

Pero, en fin. En ocasiones, la vida te viene como te viene y tú poco puedes hacer. O no. Quizá es precisamente ahí donde te demuestras todo lo que sí que puedes. Igual es justo en esas circunstancias donde te das cuenta de quién has sido toda tu vida sin tú saberlo, donde le enseñas al mundo de qué pasta estás hecha, donde la vida te pone en la terrible tesitura de elegir una última vez: seguir siendo la que eras y hundirte con el barco, con los músicos aún tocando y sin salvavidas..., o convertirte en la que ya no tienes otra que comenzar a ser.

Sea como sea, de esto, precisamente, va mi historia.

¿Ves esta revista que tengo en la mano? En ella hay muchas claves de por qué toda mi vida está al revés.

Pero no quiero adelantarme mucho.

No quisiera liarle.

Deja que te cuente.

Rebobino un poco y empiezo otra vez.

Capítulo 1

Nada es (solo) lo que parece

Un mes antes

Escena 1: «Un paraíso con más de trescientos días de sol»

—Os diré algo: la portada de esta edición no tiene nada que envidiarle al *TELMA*, queridas. Estoy verdaderamente orgullosa del esfuerzo que habéis hecho esta vez —les había dicho durante la videollamada mientras abría la ventana del salón para dejar entrar la brisa marinera.

Aquel lunes de mayo había amanecido como lo hacen los lunes corrientes: con la promesa de dar pie a otra semana cualquiera. Los niños desayunaban y se tiraban los trastos, y, a pesar de que hacía un calor inusualmente pegajoso para aquella época del año, Aída, la pequeña de mis repes —cuando tienes mellizas, también una de las dos es la pequeña—, había aprovechado para quejarse, que es exactamente lo que hace Aída estupendamente, y cerrar el portón del patio tras de mí para eliminar la corriente.

—¡Hace frío! —me había gritado desde lejos mientras yo me recogía los pelillos húmedos de la nuca dentro de la pinza.

Gozo del privilegio de vivir en el punto justo en el que el reflejo rosa del sol besa el mar antes de caer cada día, sobre la cima de una colina que esconde una gruta, en la que se levanta una virgencita que vino a darle nombre al barrio que llamamos Santaurora. Así, todo junto: Santaurora.

Acepté mudarme aquí con Polo antes de nuestros seis cachorros, en lo que ahora parece un universo paralelo, bajo su promesa de un paraíso con «más de trescientos días de sol» —eso decía el cartel de la inmobiliaria el día que lo vimos por primera vez—, y tras quince años en esta casa a la que bautizamos como Majopama, puedo decir que, al menos en eso, cumplió.

Santaurora tiene todo con lo que una persona con cierto gusto por una vida absolutamente genial puede soñar: ochenta y ocho viviendas de las cuales ninguna se parece demasiado a la otra y donde aquello que nos une se presenta en forma de rutinas y costumbres. Nuestra verbena del 13 de agosto, los jueves de cineclub, los paseos por el Parque Central o los eventos en el Club Náutico hacen de esta comunidad precisamente eso, una comunidad *de verdad*. Y eso es algo importante, ¿sabes? Sobre todo, cuando estás pensando en poner el huevo, en asentarte, en encontrar un lugar paradisíaco en el que formar una familia ideal. Aquí, de un modo u otro, nos conocemos todos. Todos saben de los secretos que acontecen en el resto de las casas, y a veces, te diré, incluso antes que los que viven en ellas.

—Aún me cuesta creermelo que Fausta os haya contado todo esto. Ni tan siquiera conmigo se abre así —dijo Bé acercándose torpemente a la cámara y dejando media frente fuera—. En serio. Fausta se piensa y mucho a quién le cuenta cómo y qué, Gabi. *Reservada* es su segundo nombre.

—Es Beltrán —había bromeado Maya—. Pero es que Fausta es del 22 de noviembre, ¿no dijiste? Es Escorpio, pero piensa que a las puertas de Sagitario. «Es recelosa de su intimidad, pero confía en aquellas que se acercan a su corazón (siempre y cuando no se sienta acorralada)». Pero sí —recalcó Maya volviendo al asunto, con tono de haber constatado una obviedad—, lo cierto es que la entrevista lo tiene todo, Gabi: es íntima, es

transgresora, es divertida. Creo que es el mejor número que hemos sacado hasta la fecha. ¡Yuju!

Gabi ha sido mi mejor amiga desde hace justo quince años y sesenta y dos días, momento que coincide con el punto exacto en el que me mudé a Majopama y descubrí que era mi vecina. Pared con pared toda una vida. Hemos estado en todos los cumpleaños de nuestros niños —Gabi tuvo a Fer más o menos a la vez que yo a mi Telmo—, hemos traficado con calditos de pollo en la gripe de rigor de cada uno de ellos, yo he apoyado cada paso en su proyecto laboral y fue la primera que se sumó cuando, hace ya cuatro años, compartí con ella la idea de una revista dominical que retratase lo que en Santaurora se cocía.

Hace falta más de un encuentro con ella para caer en la cuenta de que es alguien verdaderamente especial. Gabi tiene una gran melena oscura que no adorna nunca con nada, dos ojos rasgados del mismo color que se hunden bajo el marco de unas cejas pobladas y dos piernas larguísimas, que una vez me confesó eran una mezcla de la herencia materna y de sus años en gimnasia rítmica. Celita, su madre, que vive con ella, le enseñó a que no le temblase un labio cuando alguien le dirige un cumplido merecido, por eso que nos dijo:

—Está bien. Feliz de que os guste. Supongo que, bajo todas esas capas de misterio que tiene tu mujer —dijo dirigiéndose a Bé—, no reside más que otra humana Escorpio corriente y moliente. Escorpio a las puertas de Sagitario, quiero decir —se corrigió—. Pues bueno. Pensemos ya en el siguiente número, que estoy con muchísimo lío en la asesoría y esta vez necesito tener la entrevista lista antes. Martes 16:30 h en Dulcísima. Podemos sincronizar agendas en...

—Ese día no puedo —interrumpí a Gabi—. Nada. Me es absolutamente imposible. Tengo reunión de la AMPA. Tenemos que mantener nuestra reunión del miércoles a las once, tengo la agenda apretadísima, me es imposible cambiarla estos días, disculpadme...

—¿Y no puedes saltarte la reunión de la AMPA o pedirle a Polo que vaya él a esta *por una vez*? —Fede es de pocas palabras, pero siempre dice lo que quiere.

—Polo salió ayer tarde de viaje, así que no, no puede ir él *por esta vez*. Además, estaría un poco feo, teniendo en cuenta que ostento el título de presidenta.

Claro que, si yo hubiera sabido en lo que acabaría esa reunión de la AMPA, quizá no habría acudido. Quizá ese día me habría tumbado en el sofá, como jamás hago, una vez colocados todos los niños en el colegio, me habría puesto un Moscatel a las once, con el sol bien alto, habría horneado una bandeja de lacitos de hojaldre, habría programado el calendario mensual de los niños en la pizarra de la cocina, a la que había añadido estrellitas y frases motivacionales del tipo «podéis conseguir todo lo que queráis en esta vida», porque, por aquel entonces, yo lo habría creído aún a pies juntillas, y habría dejado que el tiempo pasase como siempre hace. Como hasta ese momento de vida había visto, sin más esfuerzo, al tiempo hacer.

—¡Caye, NO! —grité al ver cómo empujaba, con saña propia de un adolescente, la coronilla de Camilo al pasar por su lado.

Pero ya era demasiado tarde. *Socialité* 56 se encontraba emborronado y pegajoso bajo la pulpa del zumo de naranja recién exprimido que cada mañana sirvo religiosamente

a mis seis hijos y con el que espero que hagan acopio de las vitaminas necesarias para hacer frente a todas las exigencias del cole.

La flamante foto de Fausta Beltrán, la famosa actriz de teatro, conocida por su tremendo papel en *Dos mitades* y de la que tanto había presumido Bé durante toda su gira por América Latina, luciendo en la portada de nuestro mejor número hasta la fecha, había perdido el brillo y amenazaba con difuminarse hasta perderse, como una mala caricatura de lo que la habíamos preparado para que fuera aquel mes de mayo.

Supongo que si, como Maya, supiera conectar con las señales del Universo, habría entendido esta alto y claro.

Escena 2: «Debe de haber un error»

El telefonillo de la puerta sonó en el momento exacto en el que yo apagaba la tele que mi suegra había dejado encendida de fondo. En la pantalla, una mujer de falda corta y estrecha que reposaba de pie junto a un tipo con la corbata corta sobre una tripa abultada decía que aquel sería un mayo excepcionalmente caluroso.

—Saquen su ropa de verano —había sentenciado—, pero no le pongan aún el candado al baúl del altillo, es probable que nos quede algo de fresco.

Hay algo importante que debo recalcar aquí y es que aquella sería la última vez que no me sobresaltase el telefonillo de la puerta, algo que hasta ese momento me había sido absolutamente ajeno, diría que contrario a mis hábitos perceptivos. Soy una persona tranquila, de respuesta sosegada, o eso siempre es lo que me han dicho. Como aquella mañana en la que se coló un ratoncito por la puerta trasera y tuvimos que darle caza para devolverlo al campo, o cuando Águeda tuvo aquella horrible meningitis y pasamos noche tras noche a su lado. Te puedo asegurar y te aseguro que, pese al miedo, no se me salió un pelo del moño. Así que nunca antes había yo pensado que alguien podría llamar a la puerta y tirarme a la cara, entiéndase, metafóricamente hablando, una gran bola de nieve que más grande iba a hacerse conforme pasaran los días y la dejase yo seguir rodando, y lo haría a pesar de la temperatura infernal que tendríamos en mayo —que sería un mes *excepcionalmente caluroso*— y de mis vanos intentos por sujetarla con mis brazos dispuestos a cada lado.

—¿Esto no será lana, verdad, mamá? —había dicho Aída, que, tras cerrar el portón del patio, se había vuelto a la mesa a desayunar.

—¿Cómo? —contestaba yo, con un ojo puesto en la entrada y en Paula, mi suegra, que contestaba al telefonillo.

«El pedido», había pronunciado con sus labios hacia mi dirección, sin hacer un ruido, consciente de que no habría manera de que el sonido cruzase la algarabía del comedor a esa hora del día.

—Mamá, no pienso ponerme lana: ha salido de un animal. No quiero lana. ¡Te da igual todo! ¡*Te da igual de mí!* ¡Esto lo hemos hablado! —seguía gritando Aída mientras yo me acercaba a la puerta a recibir al repartidor—. Sí, es lana. ¡Es lana! Mira, lana —decía estirando la etiqueta.

—Tú sí que eres lana, renacuaja —le decía Cosme, revolviéndole el pelo—. Venga, y ponte a desayunar, que vamos a llegar tarde por tu culpa y hoy tengo en Ciencias presentación oral.

El repartidor apareció en la puerta con las bolsas de papel llenas de los mismos productos frescos que consumíamos cada semana. Quince hogazas de pan de masa madre 100 % integral, mitad centeno, mitad espelta, cortadas con precisión milimétrica para congelar la mitad y consumir las demás en los días siguientes; una bolsa con dos docenas de huevos recién cogidos de gallinas locales y criadas en libertad y dos garrafas de leche fresca. Dos bolsas con verduras de temporada, ecológicas y de primera calidad, y dos hermosos contenedores del tamaño de un puño con nueces peladas y almendras Marcona a granel. Nada especial en él. Simplemente, el mismo encargo que habíamos realizado

durante los últimos cinco años y que habíamos disfrutado sin siquiera plantear que algo en él pudiera, en algún momento, cambiar.

Así es la vida, ¿no es así a veces? Una convive con la ilusoria sensación de que todo lo que tiene en el momento presente permanecerá de este modo por siempre. Que el sol seguirá levantándose por Cala Nueva en Santaurora y poniéndose cada tarde por Cala Vieja estando todos bien y juntos y felices sin que el aire nos roce. Y, bueno, no quiero adelantarme mucho, pero la vida iba a traernos algún que otro cambio de pendiente. Estaba a punto de vivir el mayor punto de inflexión al que nunca hubiese tenido que hacer frente, pero también mi historia me reservaba alguna que otra Gran aventura. Nótese la mayúscula del *Gran*.

Así que habían llamado al telefonillo y mi suegra había atendido la llamada. Hoy, sin embargo, no había venido Antonio, el padre, sino el hijo mayor, al que solía abrir Polo por petición mía, porque yo solía decir que me miraba como se mira a un jugoso *muffin* con *frosting* de queso cuando una se ha puesto —una vez más— a dieta. Supe que algo andaba mal tan pronto como abrí el pomo de la puerta y lo vi cruzando el jardín camino a la entrada principal.

—Aquí tiene, señora —me dijo—. Son noventa y ocho euros con treinta y tres céntimos.

—¿Cómo?

—Noventa y ocho euros...

—No, no, ya te escuché. Quiero decir, esto ya está formalizado —dije bajando el tono y sacando con cuidado mi cabeza para mirar a ambos lados de la calle—. Llevamos años haciéndoos una transferencia automática al final de cada mes. Tu padre debe saber; vete a decirle a él.

—Mi padre ha sido el que me ha dicho que le diga a usted que son noventa y ocho euros con...

—Pues tiene que haber un error —le corté—. ¿Es que no habéis recibido la transferencia?

—Ni la de este mes ni la del mes anterior.

—¿Cómo va a ser?

—Pensando en que habría un error, no quisimos decir nada, pero ya viendo que son dos meses seguidos, pues mi padre pensó que mejor sería que os lo dijese yo.

—Aquí va —interrumpió Paula abriendo la puerta del todo, haciéndome ver que había estado todo este tiempo a mi lado—. Doscientos euros, por este mes y el anterior. Puedes quedarte con el cambio como compensación por las molestias. Gracias por todo, nos vemos el lunes que viene —sentenció, arrancándole las bolsas de las manos y cerrando la puerta con energía.

Algo que aún no te he comentado es que Polo no se parece a su madre en casi nada. Ella siempre ha dicho que es una calcamonía de su marido, también por fuera como por dentro. Esos ojos tan de torero andaluz, en contraste con los de ella, azul claro; sus facciones

duras, su pelo grueso y oscuro como el de un miura. Había un gesto, eso sí, pues la genética no es cosa mental, que los unía a los dos: los ojos sobre las gafas con la mirada saltando la montura del cristal, el mentón hacia el pecho y la boca hecha un puño. Lo hacían cuando algo cavilaban.

Por ejemplo, justo ahora. Paula me miraba ese lunes tan caluroso de mayo desde la esquina del comedor mientras me observaba sacar los productos en el islote que construimos en el centro mismo de la cocina, mientras yo reflexionaba sobre lo que acababa de ocurrir y me apartaba el pensamiento de la cabeza como un moscardón.

Yo no lo noté, claro, porque esas cosas nunca se notan hasta después, pero ahora, recordando, puedo decirte que ese fue el momento exacto en el que la gran bola de nieve cayó rodando bajo mis pies y, antes de haberme querido dar cuenta, ya había alcanzado el tamaño de un gran iceberg.

Escena 3: «Percibí algo que no había visto antes»

Es importante que entiendas que a mí me encantaba mi vida. Ya te lo he dicho: era una vida perfecta. Adoraba la carrera de las mañanas arrastrando niños al coche, la marcha militar para meterlos a todos en las bañeras, frotando espalditas y piecitos mientras me destrozaba la manicura francesa; adoraba los malabares para encajar los horarios de los seis y las reuniones en la AMPA organizando eventos y hablando con el resto de las mamás del cole.

Fíjate que hemos podido buscar ayuda afuera, como es el caso de muchas de mis amigas aquí en Santaurora, pero yo nunca lo he deseado así. Polo me decía: «Leona, cariño, no hace falta que te cargues con todo a las espaldas, que nos va muy bien. Relájate y vete a jugar al pádel con Maya al club cuatro veces por semana en lugar de solo dos, o dedica más tiempo a la revista, que es lo que más te gusta y una buena distracción de todo tu estrés». Pero ¿una mujer que tiene hijos para que otra se los críe? No seré yo la que juzgue a nadie, claro, pero yo tengo el privilegio de haberme podido entregar de lleno a mi familia. Eso es: he sido una privilegiada. O así siempre lo pensé. He acostado a estos seis niños cada una de las noches de sus preciosas vidas y los he despertado después.

—Lidia, por favor, que no me encuentre la mesa sucia cuando llegue —dije a la mujer que me ayuda con la casa en referencia al zumo que Cosme había tirado unos minutos antes sobre *Socialité*—: El olor a cítricos me resulta de lo más desagradable. Y, ¡niños!, ¡vamos!, ¡¡se nos está haciendo tarde!! —grité alargando la última e bajo la mirada inquisidora de mi suegra, que acababa de devolver su cartera al bolso.

Aquel lunes, los metí en la tartana sin darle más importancia a lo que había pasado. Hice nota mental de preguntar luego a Polo, de arreglar el tema pasando por la sucursal del banco y de hablar con Antonio sobre los malos modales de su hijo. No me gustó su tono, y cualquier vecina se podría haber enterado. Pasó primero Águeda al asiento justo tras de mí, después Cosme y Camilo; luego se subió de un salto, que es lo que más practicaba esos días, Telmo, y, por último, entró Aída en los brazos de Caye, para cerrar tras de sí la puerta.

Hay algo importante que igual no sabes y que debes saber: los ricos no andan. Quiero decir: andan tan poco como pueden. Tampoco conducen sus propios coches. Claro que nosotros no éramos tan ricos, pero estábamos bastante bien, y hacer cosas de ricos es vital para pertenecer. Además, tres calles a tu ritmo de adulta pueden parecerse en lo fundamental a un agradable y apacible paseo por el parque, pero, si has tratado de andar con un solo niño de la mano por más de tres minutos seguidos con cierta presión de tiempo, entenderás la complicación de multiplicarlo por seis. De modo que siempre vamos en la tartana al cole. Es bonito, es elegante, es rápido y no me hace llegar a la puerta del colegio sudada como una butifarra andante, lo cual agradeces, créeme si te lo digo, una vez llegas a la puerta de Palms-International y ves al resto de las madres.

La siguiente generación natural de Santaurora, que por suerte es extensa porque somos una comunidad prolífica y fértil, acude al colegio que está al otro lado del barrio, justo al cruzar la avenida Freire. Es un edificio de corte moderno con un centro deportivo agregado que sería la envidia de cualquier medallista olímpico. Sus valores, como reza el cartel de la entrada a modo de arco, son: «Sabiduría, Hermandad y Liderazgo». Lo visitamos por primera vez tras escuchar a Paula, que nos había contado que en el club había oído a

Bernardita, la hija de Rete, hablar maravillas de él, y tras el Open Day, nos pareció el lugar perfecto al que llevar a nuestros pequeños. Nos hemos equivocado en muchas cosas en esta vida, ahora eso bien lo sé, pero no en esta: Palms-International ha dado a mis hijos el lugar en este mundo que ellos merecen.

Los mayores acudieron juntos a su clase, como juntos iban los tres siempre; dejé a las repes en la puerta de cuarto C bajo la promesa de llevarlas a *ballet* después y acompañé a Telmo de la mano hasta su profe.

No fue hasta que se quedó otra vez la tartana vacía que percibí algo que no había visto —estoy bastante segura, por más vueltas que le he dado— antes. La imagen entró por el rabillo de mi ojo derecho mientras rotaba el volante a la entrada de la calle Riesco, dejando a un lado el cine de verano, donde anunciaban la reposición de *Grease* en un par de jueves, y en un instante me invadió la sensación de que aquello no debía estar allí.

Bajé el volumen de la emisora de radio local que había sintonizado Polo el día anterior cuando lo había acercado al aeropuerto, y en la que hablaban con cierta alarma de la ola de calor que había acechado la Costa del Sol y lo extraño que era que se hubiera sumado a niveles de humedad tan espectaculares para un aparentemente inofensivo mayo.

En la puerta de casa me encontré a Gabi, que me habló mientras yo pulsaba el botón del mando de mi garaje para guardar de vuelta el coche. Recuerdo exactamente lo que me dijo:

—Solo es lunes y ya necesito el fin de semana otra vez.

Lo que no recuerdo es lo que yo le contesté, porque, para entonces, ya había cruzado, en piloto automático, la puerta del garaje y había estirado mi mano para alcanzar el extraño objeto que se había quedado enganchado en el espacio estrecho que une el respaldo y el asiento del copiloto, y que supuse se le había caído a Polo el día antes.

Lo saqué con cierto esfuerzo, presionando para hacer palanca con la parte baja del respaldo, y lo observé bien mientras descansaba sobre la palma de mi mano.

«Pero ¿y esto qué es?», pensé.

Escena 4: «Carpe Noctem»

No te he contado aún que en mayo se desvisten todos los árboles de Santaurora y eso también lo organizo yo. Mi gobierno como presidenta de la comunidad de vecinos no ha sido nunca un proceso realmente democrático, y tampoco es que haya pretendido serlo. Es más bien una simple valoración de descarte. Nadie podría hacerlo tan bien como yo lo hago, de modo que, año tras año, la votación es más un paripé en el que todos sabemos cuál será el final, pero que tratamos de que no parezca tiránico.

La AAAS (Asociación de Abuelas y Abuelos de Santaurora) comenzó siendo algo sin demasiada ambición: una mesita en la esquinita del club que se reunía los domingos para jugar al dominó y no mucho más que eso, pero pronto se vinieron arriba hasta convertirse en lo que hoy es. Son verdaderamente fabulosos: mujeres que sacan todas sus joyas para colgárselas de una vez y sentarse frente al mar antes de que acabe el fin de semana, hombres con chalequillos, que no se quitan ni en pleno agosto, y grandes puros humeantes que desafían la lógica del cáncer. De allí han surgido maravillosas iniciativas impulsadas por nuestros vecinos más mayores, como la vuelta de la verbena del 13 de agosto, el mercadillo de antigüedades de los domingos, la casetilla de intercambio de libros o esta, la ornamentación de las calles.

—Durante el invierno —falló una vez Celita—, los árboles pasan frío. Es la humedad, ¿saben? Aquí, cuando hace frío, de verdad que lo hace.

Piensa que no es hasta mayo cuando vemos cómo la vida explota en cada rincón de este barrio: la fuerza de las buganvillas trepa por las fachadas de cada una de nuestras idiosincrásicas viviendas y pone relieve al blanco de la caliza que escupen nuestras paredes; las palmeras que bailan cuando el poniente entra desde el club hasta la gruta de la virgencita; las plumerias y los glicinos, los pinares, los hipnóticos jazmines que casi te hacen perder la cabeza cuando caminas de noche, la pureza de nuestra flor más típica, la biznaga. Es tan bonita esta época del año que Celita tuvo que verlo claro:

—Deberíamos vestir los árboles del Parque Central con ganchillo para que estén guarecidos de la humedad.

Acogimos la idea con inquietud, pero mi suegra apuntilló:

—Solo si usamos seda pura de morera.

Paula aborrece las ordinariieces.

Y desde entonces, los vecinos se reúnen a primeros de mayo para retirar el ganchillo de los troncos y revestir las calles, colgando banderillas de un lado al otro de las farolas y de las copas los árboles, de modo que no les falte un perejil al menos hasta octubre, que es cuando se produce el cambio de hora y los días se acortan inevitablemente, dándonos una tregua del sol que por aquí siempre es notable.

Mientras las catorce personas que forman la AAAS me esperaban reposando sus traseros al filo de la fuente de Buenaesperanza, justo en el centro de nuestro Parque Central, yo seguía en el coche enfrascada con el objeto que había encontrado en el asiento del copiloto y que supuse pertenecía a Polo, mi marido, que a estas horas ya debía de estar saliendo de su hotel para ir a las reuniones que tenía agendadas para estos días en los que estaría fuera del país. Me volví a reprender el no haber estado encima de su agenda. Polo

tiene muy mala cabeza. Si no le pones el plato de comer bajo sus narices, apuesto y gano a que se olvidaría de cómo freír un huevo. «Si quieres que algo salga bien, hazlo tú», me he dicho a mí misma siempre, y así estoy: soy la presidenta de la AMPA en Palms-International, la presidenta de la comunidad de vecinos en Santaaurora, la orgullosa madre de mis seis enérgicos hijos y la directora de operaciones de todo mi hogar. Lo hago con gusto, que conste. Y, además, me lo puedo permitir, porque no trabajo y dispongo de todo mi tiempo para entregárselo a los demás. Dejé mi carrera atrás hace ya quince años, al quedarme embarazada de mis tripletes, y gracias al cielo que lo hice, porque aún no sabía que Dios me bendeciría con tantos hijos como lo hizo después.

De formación soy periodista, de ahí mi caprichito con *Socialité*. Me licencié con honores y, gracias a un contacto de Polo, por aquel entonces mi novio, pronto entré a formar parte de la plantilla de *TELMA*, en la posición de ayudante de dirección de doña Rosario Estrada, la dueña y señora de la más prestigiosa revista que jamás haya visto España. Entré por un contacto, es verdad, pero doña Rosario me dijo, tras mis ocho meses trabajando con ella, que nunca había tenido en su despacho a alguien tan eficiente. No habría sido elegante, y de ahí que no lo hiciese, pero estuve muy cerca de decir: «lo sé». No te diré que nunca había echado de menos aquella vida de entrevistas, de trajes de chaqueta y pantalón, de tacones de infarto, de prisas saltando de un coche privado a otro sujetando a su lado una carpeta con documentos importantes, porque te mentiría. Pero para eso monté *Socialité*, para quitarme el gusanillo, ¿sabes? Quien te diga que se puede tener todo en la vida no sabe lo que quiere. Quererlo todo es no querer nada, hay que saber elegir, y elegir es renunciar. Yo elegí a mis niños y con ellos siempre he estado. Enterré a la Leona profesional y me dejé cuidar por Polo para cuidar yo de los demás, y, al menos hasta ahora, nadie había tenido una queja de nuestro pacto tácito.

De modo que aquella mañana llegaba tarde a mi cita con la AAAS, la Asociación de Abuelas y Abuelos de Santaaurora, porque me había entretenido llamando desde el *bluetooth* de la tartana a Polo, con la esperanza de que me explicase por qué la transferencia a Antonio no estaba funcionando y cómo podía yo hacer para arreglarlo. Yo siempre he estado a cargo de los gastos de la casa, pero desde que el mes pasado el banco me devolviera el recibo del agua por un error administrativo y que Polo se prestase con diligencia a solucionarlo, yo había estado mucho menos encima de estas cosas. A veces, es estupendo tener su apoyo y delegar algo. Pero, sobre todo, quería que Polo pusiera luz sobre aquel objeto de madera circular que sujetaba con mi mano y en cuyo dorso se encontraba serigrafiado un emblema... algo extraño. Un emblema del que no supe su significado hasta después, y del que ni de lejos imaginé todo lo que traería consigo:

—«Carpe Noctem» —leí en voz alta.

Desde el asiento del piloto, levanté los ojos hacia el retrovisor delantero y los entorné a modo de interrogante.

Escena 5: «Júrame que vas a recordar esto»

El lunes 3 de mayo vi por primera vez aquel símbolo redondo que rezaba «Carpe Noctem». Un modesto y elegante logo compuesto por una C que parecía engullir a la N, y que adornaba el pequeño objeto circular que no había soltado desde que me bajé del coche.

Lo sujeté con fuerza en las muchas llamadas que hice a Polo, y tuve que contenerme porque, aunque una vocecita desde dentro me decía que algo podría estar pasando, ya te he dicho que no he sido como otras mujeres: no me es sencillo sucumbir a la histeria. Mido, y bien, mis estados de ánimo. Polo había ido a reunirse con un nuevo contacto para la urbanización que se estaba construyendo a pocos metros de la prestigiosa Zabaleta. No puedo decirte esta vez el nombre exacto, porque el rato que normalmente yo habría dedicado a sincronizar agendas... nos liamos. Polo cogía el vuelo a las 19:47 y llegamos al aeropuerto a las 18:00 y casi derrapando. Paula había estado viendo la versión de *Aladdín* de Will Smith con los niños en el salón, les había preparado unas palomitas con azúcar y la casa estaba, por fin, en estado de relativo silencio, de modo que nos echamos una siesta. No somos de siestas, la verdad, pero aquella noche anterior habíamos dormido poco. Polo había dado mil vueltas a la cama, lo que yo interpreté sería fruto de su estrés en estas últimas semanas cerrando aquel importante trato, y, al despertarnos de la siesta, mi marido pareció sentirse especialmente fogoso. Y digo *especialmente* porque él ha sido fogoso siempre. En dieciséis años de matrimonio, no hemos pasado una semana en la que no nos tocáramos el uno al otro. Pero esta vez, fue diferente. Yo tenía que haberme dado cuenta, después de tantos años de matrimonio y cama, de que aquel sexo era, en todo, diferente. Polo parecía desesperado por tenerme. Sus manos me apretaban la carne en cada caricia; me mordió los hombros, los pechos, el costado. Las sábanas habían acabado empapadas de sudor a nuestros pies, y yo había explotado en un orgasmo al que solo el confeti le había faltado.

—Dime que me vas a querer siempre. Dime que siempre vas a estar a mi lado. Júrame que vas a recordar esto. Pero mírame, Leni —repetía una y otra vez llamándome por ese apodo que solo usa él, y yo me agarraba al cabecero de la cama para amortiguar los golpes de sus embestidas—. Mírame y dime que tú y yo vamos a estar siempre juntos.

A mi favor diré algo: Polo es bastante dramático. No había razón para no pensar que había tenido uno de sus legendarios ataques de hipocondría con una gran revelación tras sentirse al borde de la muerte. Una vez, y esto es absolutamente cierto, se fue a la cama a dormir con un vaso de agua lleno hasta el filo y el teléfono de emergencias preparado en la marcación rápida. Cuando le pregunté qué ocurría, me dijo: «Me temo que voy a tener un cólico nefrítico esta noche». Cólico que, ya imaginas, nunca vino, como nunca había venido antes. Pero, aunque aquella sesión de sexo desmedido no me resultó rara en el momento, ahora ya comenzaba a ser más extraño. No era habitual en Polo no responder al teléfono. Yo siempre sé dónde están todos, y todos los que tienen móvil en esta casa tienen terminantemente prohibido no responder, incluido él. Claro, que yo sé cuándo puedo llamar y cuándo no, y supongo que hoy me estaba saltando mis propias normas llamándolo a sabiendas de que podía estar reunido, pero la ocasión lo merecía.

Hice tres llamadas con una mano mientras sujetaba el objeto de madera circular en la otra. Dándome por vencida, colgué el teléfono y escribí un mensaje:

«Devuélveme la llamada. Es importante».

Luego, sin embargo, caí: ¿qué voy a decirle? ¿Que he encontrado un trozo de madera que me cabe en el puño con unas extrañas letras en un lado? No parece un argumento de peso para una llamada importante. ¿Que ha venido el hijo de Antonio y que su madre tuvo que pagar en efectivo los dos últimos meses? Tampoco parece una urgencia. Iba a tener que pensar mejor cómo contestarle una vez llamase. O igual podría decirle simplemente la verdad: «Cariño, tengo un mal presentimiento. No me gusta esto que he encontrado en el coche y que debe de ser tuyo; menos me gusta no saber dónde ni con quién estás, y ni te cuento la poca gracia que me hace que no hayas estado encima de las cuentas como me dijiste tras el disgusto que me dio el agua».

El agua: más de tres días con los grifos vacíos por culpa de un problema con mi tarjeta del banco.

Cuando solté el teléfono, vi que Paula estaba sentada junto a la ventana del jardín, viendo a la gente pasar. Se sobresaltó al verme entrar.

—¡No te esperaba tan pronto!

—Sí, qué cosas —contesté mirando la hora de mi FitBit—. Hoy no había atasco... Toda una novedad. ¿Cómo es que no estás ya hoy en la reunión de la AAAS? Me consta que Celita ha horneado toda una bandeja de cruasanes, me lo dijo anoche Gabi, así que, si aún no has desayunado, podemos salir ya. Caminemos juntas, si te apetece, y así nos ganamos las calorías del hojaldre, que Celita es de poner bien de mantequilla, como Gabi tiene ese metabolismo que tiene... Yo en breve salgo para allá —dije guardando mi iPhone y el objeto no identificado en mi Louis Vuitton—, solo déjame que suba a cambiarme esta camisa que llevo pegada por esta humedad insoportable y bajo en un seg...

—No, hija, no te molestes por mí, yo me quedo.

—¿Que no vienes? ¿Es que te encuentras mal?

Mi suegra jamás se ausenta de una reunión social, así esté al borde del colapso, aunque sea solo por no perderse nada de lo que después se pueda hablar. Como yo bien lo sé, le pregunté:

—¿Y qué les digo a los demás?

—Diles que estoy indispuesta.

—¿Pero lo estás?

—Tú diles.

Escena 6: «Sé dónde vives»

—Por el amor de Dios, Andrés, ¡baja ahora mismo de ese árbol! Te vas a partir la crisma —dijo al verlo trepar para recolocar las banderillas del Parque Central.

—Se cree que tiene quince años. No tiene remedio. Míralo —se quejaba Celita, quien sujetaba garbosa con la mano izquierda la cesta con cruasanes recién horneados y reposaba la otra en jarra sobre su cintura—. ¡Que ya están bien! ¡Que no hace falta que los toques más, Andrés! ¡Que los vas a acabar estropeando de tanto manosearlos! Le gusta el protagonismo —le decía bajando algo la voz a una Milagros que miraba a Andrés como una estatua a su lado—, es que de siempre le ha gustado. Todo lo que sea ser el centro de atención... Virgen santísima. ¡Hombres!

Llegué, solucioné aquella reunión como pude, conseguí que acabaran todos sanos y salvos, que no es fácil a una edad y con escaleras de madera de por medio, y corrí calle abajo con un vestido vaporoso de flores ocre, a juego con mi tono de pelo, y unas manoleínas planas de camino a la Tiendecita, el único local que vende comestibles en toda Santaurora. Por aclarar: tenemos Dulcísima para el *brunch*, los desayunos y las meriendas; el restaurante del Club Náutico, donde sabes que siempre vas a encontrarte con todo el barrio, y, siendo el único en su género, la Tiendecita. En la Tiendecita puedes adquirir cualquier producto clásico de un supermercado, lo cual es medio mágico porque es verdaderamente pequeña, y eso hace que tenga aún más encanto. Sobre su puerta color albero, se abre como un gran pavo real una toldilla con un dejo asalmonado que le sirve de modesta sombra desde la que poder asomarte por la ventana sin entrar, y eso siempre está bien, una siempre agradece poder mirar a los sitios, ver quién está ese día dentro y quién no, antes de decidirse a entrar.

Justo eso hice ese día, que iba yo con cierto desasosiego, antes de girar el pomo y pasar a comprar. Su dueño, Octavio, que no vive en el barrio, me recibió aquella mañana con el mismo humor rancio del que siempre hace ostento.

—El viernes es el cumple de Telmo, mi pequeño, y aunque el *catering* está contratado, claro que una no va a poder con todo, y más con Polo en Londres... Yo misma quiero encargarme de los *cupcakes*, ya sabes, los que yo hago son sus favoritos —dije, sin tratar de esconder una mueca de orgullo—. Van a ir todos de *Frozen*, niños y niñas, que es una fiesta sin imposiciones de género, no queremos distinciones en los disfraces, ya imaginas las caras de algunas madres cuando lo propuse en el colegio, pero no vamos a bajarnos en esto, ¿sabes? Es importante, ¡los niños también pueden llevar vestido si eso es lo que quieren! —Tomé buena nota de la expresión de indiferencia de Octavio y atajé—: Así que vengo por harina de trigo sarraceno, estevia, leche de avena y zanahorias de cultivo ecológico, y para el *frosting*, me preguntaba si dispones de algún queso vegano con base de anacardos, que con la canela de Ceilán y la zanahoria quedan estupendam...

—Final del tercer pasillo a la derecha.

Octavio no es la clase de hombre que una esperaría encontrar regentando un local tan cuco en un barrio como este, pero no tenemos quejas de él: es eficiente, no se mete en nada, tras todos estos años, sigue sin saberse el nombre de nadie y tiene todo, absolutamente todo lo que puedas necesitar, en sus estantes. Estoy razonablemente segura de que, si un día viniese pidiéndole dos bolas de dragón y un hilo de cola de mamut gigante, me contestaría «a tu izquierda, sobre la lechuga iceberg».

Cogí el doble de todo lo que yo había calculado que necesitaría, porque mi pequeño, Telmo, es increíblemente popular en clase, y no hay nada peor que dejar a una jauría de niños rabiosos con hambre. Así, cargada con la gran cesta de mimbre que había cogido a la entrada, me dispuse a pagar en caja.

—Tarjeta denegada —dijo Octavio repitiendo, sin emoción que trasluciese, lo que podía leerse en el datáfono.

«Qué extraño», pensé, mirando a cada lado para asegurarme de que no lo hubiese visto nadie.

—Prueba con esta.

—Denegada —repitió, tras intentarlo otra vez.

Nos miramos a la cara por lo que pareció un segundo eterno y comenzamos a hablar a la vez:

—Quizá...

—Prue...

—Leona —me interrumpió. Bueno, pues quizá sí que sabía algunos nombres—. Majopama. Bajando por la Senda Zambrano, la casa con vista lateral a Cala Nueva, la que tiene el recibidor largo a la entrada con el ficus, la número 3. Te he llevado la compra con la furgoneta muchas veces a casa. Sé dónde vives. Te lo dejo a deber.

«Te lo dejo a deber» no es una frase con la que una mujer como yo esté acostumbrada a toparse, esa es la verdad. «¿Qué le pongo?» o «como usted desee» están más en mi registro habitual, no te mentiré, pero, de algún modo, creo que necesité escucharlo, porque no fue hasta que salí de la Tiendecita que tuve la certeza absoluta de que la incómoda sensación de tener el pulso en la garganta no era culpa de un mal presentimiento. Algo iba verdaderamente mal, e iba a empeorar mucho antes de ir a mejor otra vez.

Escena 7: «¿Qué es la amistad sino aguantar las medias mentiras de la otra parte?»

A la salida de la Tiendecita, me topé con Viriato, al que le precedían, como le preceden siempre, los ladridos de los más de diez perros que pasea cada mañana a la vez, cinco en cada mano, y quien, como siempre, parecía inmune ante semejante estruendo.

—¡Buenos días, señora Leal! —me costó oírlo entre tanto perro—, qué calor hace, ¿no? Viene una DANA, y si no, ya vas a verlo; como la última que tuvimos en 2013, que después de todo ese calor pegajoso —los perros seguían, y yo entendía a trozos—, vino la lluvia y bajó la temperatura en un día más de quince grados, ¿se acuerda? De treinta y uno que hizo aquella mañana a catorce dos horas más tarde. Una locura... Bueno, señora Leal —dijo al ver mi expresión confundida—, ¡que tenga usted un gran día!

Me protegí el auricular con la palma para aguzar el oído mientras me despedía de Viriato y a la vez marcaba el teléfono incesante, con la esperanza de que Polo pudiese aclararme todo este lío desde Londres, pero lo único que escuchaba era el sonido de mi mente repitiendo sus palabras: «Júrame que vas a recordar esto», una y otra vez. ¿Qué era eso que tenía que recordar exactamente?

Resuelta a encontrar respuestas, me dirigí a casa con la compra. Guardé los ingredientes en los armarios correspondientes, corrí las cortinas para gozar de cierta intimidad y comprobé que Paula estuviese en su habitación, seguramente cosiendo los disfraces de los niños para este viernes. Abrí entonces el portátil y tecleé algo que debía haber tecleado ya mucho antes:

«Carpe Noctem».

Eché un rápido vistazo para comprobar que Google me daba un total de 190.000 entradas bastante imprecisas al respecto, pero ninguna satisfizo en lo más mínimo mi curiosidad, que a esas alturas del día había crecido como un monstruo gigante. En la primera de ellas, descubrí que aquel aforismo latino se traducía por «aprovecha la noche», y en el resto de las entradas había poco más contenido interesante. ¿Qué sentido tenía todo aquello? «Aprovecha la noche», me repetí. ¿Será que el objeto no identificado pertenece a un club de alterne? ¿Me casé con un abusador de mujeres?

Miré la pantalla del portátil horrorizada, para pronto decidir que no: tras más de quince años de matrimonio, una sabe cómo de oscura es la oscuridad que cierne a su otra mitad, o eso es lo que siempre creí. Veía a Polo capaz de muchas cosas terribles, como me veía capaz de cometer atrocidades, llegado el caso, también a mí, pero nuestro matrimonio había estado cargado de un magnífico sexo, de seguridad y, con seis niños, ya imaginas, de un delicioso y permanente entretenimiento. Recordé entonces al marido de Rubí y al escándalo que su ruptura supuso en el club... ¿Cómo se llamaba?... Alfonso. Alfonsito, que lo llamaba mi suegra, y que no resultó al final tan inocentón, y lo cierto es que lo parecía; realmente lo sentí por su mujer. ¿Por qué iba él a buscar nada más por ahí? Se tratase de lo que se tratase, no podía ser eso. Además, ¿quién acude a un puticlub y se lleva de regalo un *souvenir*? Nadie, tampoco Polo, puede ser tan imbécil.

—Querida —Paula tocó la puerta de mi habitación, y yo cerré de un solo movimiento el portátil—, Gabi está en la puerta pulsando machaconamente el timbre, la he visto por la ventana y parece apurada, ¿es que no lo escuchas?

De pronto, caí en la cuenta de que sí, llevaba un rato escuchando un sonido irritante al que mi mente había resuelto no hacer caso. Escondí el portátil en el armario, devolví el objeto no identificado al bolso y corrí escaleras abajo para abrir a Gabi.

Gabi siempre había sido una gran amiga. Quiero decir: una de esas amigas a las que se lo contaría absolutamente todo menos lo que una no le cuenta a nadie, que son muchas cosas, al menos en mi caso. Proteger una familia con seis hijos y una suegra insidiosa requiere de mucho blindaje emocional, de una buena dosis de límites sociales y de mil caretas para los días grises. Aunque probablemente Gabi sabía esto también y aceptaba el trato, al fin y al cabo, ¿qué es la amistad sino aguantar las medias mentiras de la otra parte? Me dijo:

—A ti te andaba yo buscando. —Y antes de que pudiese darme cuenta, se había sentado de piernas cruzadas en el centro mismo de mi sillón blanco hueso de nueve plazas, con su bolso descansando sobre la mesita baja de metacrilato.

—¿Algo de beber? Te noto acalorada, es este tiempo terrible, ¿no? Dice Viriato que acabará en DANA, como en el 2013, con una de esas lluvias torrenciales tan exageradas de Santauroa, y, visto este calor, no creas que va a molestarme si ese es el caso...

—Ah, no. Yo sí que soy de calor, ya lo sabes, no me afecta como a ti, ¿pero quizá una limonada?

Saqué la jarra con la limonada casera de la nevera y se la serví en un gran vaso que cogí del congelador, que llené primero con hielo picado, tras pasar los bordes por un platillo con azúcar y plantarle una sombrillita de papel. Satisfecha conmigo misma, lo coloqué frente a ella sobre la mesa y le dije:

—Esta mañana he estado con Celita en la reunión de AAAS, nos ha puesto unos cruasanes de mantequilla que no va a haber manera de quemar hasta julio del verano que viene...

—Ya me dijo, ya.

—¿Está todo bien?

—Eso te pregunto yo.

No supe qué responder. ¿Por qué lo decía? Nunca me ha costado leer a Gabi.

Gabi me gustó desde el día en que la vi por primera vez porque era todo lo contrario a lo que yo me atrevería a ser en esta vida. Caótica, descarada, desorganizadísima. Por Dios santo, Gabi nunca sabía en qué día vivía. Hacía y deshacía sus planes de un momento al otro y siempre se mostraba preparada, desinhibida. Le decías: «Gabi, ¿te vienes a comer?», y respondía alegremente sí o no, sin más que hacer o deshacer. Qué espontaneidad tan poco habitual en estos días. Tanto Polo como yo la habíamos querido como a una hermana, y, desde que cogimos las llaves de Majopama, no había faltado un momento de nuestras vidas. Ella era la única persona con la que yo me había fumado lo que nunca admitiría, ¿imaginas? Qué risas, no quiero acordarme de aquel día. También la que me sacó de la depresión posparto tan oscura en la que me sumergí tras mis mellizas, la que me animó a montar *Socialité*, a pesar de ser un proyecto que nos llevaría tiempo y esfuerzo y que bien sabíamos que no nos ofrecería más beneficio que el de pasar tiempo

juntas, a pesar de sus largas jornadas de trabajo en la asesoría, pero me dijo: «Yo puedo ayudarte con esto, amiga. Yo me encargaré de las entrevistas, ¿quién se puede resistir a mi encanto?». Quiero decir: ¿quién dice eso? Gabi siempre ha tenido claro que, por más fuerte que sea su presencia, que objetivamente lo es, lo realmente magnético en ella es la seguridad que derrocha en sí misma. Pero también ha tenido siempre sus cosas, no creas. No hemos estado tampoco de acuerdo en todo. A veces, Gabi es demasiado reivindicativa, por eso es que mis repes la adoran, parecería que siempre está en desacuerdo con algo, defendiendo alguna causa perdida. Le gusta enredarse con temas políticos, incluso cuando no procede, o sacar temas polémicos cuando estamos reunidas, y eso no es siempre agradable.

Antes de que Gabi abriera la boca para decirme lo que viniera a comentar, la interrumpí yo. Gabi es la asesora de Polo desde hace más de diez años, de modo que me pareció correcto preguntar:

—Gabi, ¿tú sabes si algo está pasando con Polo?

Escena 8: «Esto debe de tener una explicación que no estamos contemplando»

Tardamos un rato en llegar a buen puerto. La oratoria es un arte que Gabi maneja como nadie, y pronto me vi enzarzada en una entretenida conversación sobre Lolita, la niña que había adoptado en otro país Manolo el del club y que decían que tenía un temperamento descomunal, tanto que había roto una de las tumbonas nuevas dando porrazos con un cenicero de plomo y que todo el mundo se llevó las manos a la cabeza, pero, claro, que nadie dijo nada porque ya imagina una el cuadro; también sobre el lanzamiento al mundo digital de *Socialité*, que habíamos estado retrasando y sobre el que finalmente decidimos debatir con el resto del grupo aquel miércoles y, sobre todo, hablamos del contenido de la carta que tardó en sacar y poner en la mesa, pero que finalmente acabó por extenderme.

—Pero ¿y cómo no has empezado por aquí, Gabi?

Una carta de impago de la hipoteca a nuestro nombre.

—Hace unas semanas que intento hablar con Polo, pero no hay suerte. De otro modo, nunca habría venido a ti. Me lo he pensado mucho, porque Polo va a matarme, pero es que no hay manera de dar con él. Hemos estado recibiendo cartas a su nombre, puesto que cambió la dirección de recepción a la asesoría, a lo que te diré que tampoco le di importancia en un principio... Pero es que no hay quien dé con él.

Una imagen, de esas que solo encajan con la luz que da la retrospectiva, me vino a la cabeza de repente: en el club, el miércoles pasado, encontré a Gabi con Polo tras mi sesión de pádel con Maya. Nos sentamos en la mesa frente al mar y pedí a Manolo dos copas de un amontillado viejísimo bien frío para rebajar estos calores, y como venía discutiendo con Maya sobre la injusticia de aquel último punto, tardé en percatarme de la incomodidad que se percibía en el ambiente. Verás: no había nada extraño en que Gabi y Polo estuviesen en la misma mesa hablando de negocios, ha sido el día a día de esta familia desde siempre, pero su relación no solía ser tan tirante.

Saqué el teléfono y me decidí a acabar con aquello:

—Voy a llamar a su hotel de Londres. Para ocasiones así, siempre se queda en el Hilton de Angel; deja que lo solucione de una vez... —dije, tratando de no demostrar que, ahora sí, comenzaba a preocuparme.

—Ya he llamado yo, Leona —me dijo algo penosa—, y nada. Me dicen que no se ha alojado allí ningún Polo de la Lama-Cortés. También he comprobado los vuelos, y Polo no se montó en ninguno ayer. —Tomó consciencia de la gravedad de lo que me había dicho y prosiguió, con cuidado esta vez—: Pero no te agobies, que esto debe de tener una explicación que no estamos contemplando. Vamos a dar con el fondo de todo esto.

—¿Has llamado al hotel? —aquello me sorprendió.

—Quería indagar antes de venir aquí.

Me paré a recapitular un momento. Polo no estaba en Londres. Polo no cogía el teléfono. Polo estaba acumulando deudas. Polo estaba desaparecido.

—¿Y el resto de las cartas?

—¿El resto...?

—El resto. Me has dicho que las desvió todas. ¿Habrá más?

—Sí, todas en la asesoría. Cogí solo esta y, la verdad, salí corriendo. A la noche te las traigo.

Quedamos en vernos después y cerré la puerta tras de mí, tras sacar un poco el cuello para mirar con cierta sospecha a ambos lados de la calle.

—Escucha, no te agobies, ¿eh? Esto tiene una solución mucho más fácil de la que estamos pensando, estoy segura. Tan pronto como demos con Polo, sabremos qué hacer.

Antes de sentarme rodeada de sobres y folios en la mesa del comedor, comprobé que Paula siguiese en su habitación, desde la que nada de lo que ocurre en el salón puede escucharse. Me tranquilizó ver que así fue.

Decidí dedicar el resto de la tarde a escribir a mano las sesenta y seis invitaciones para el cumpleaños de Telmo el siguiente viernes. La caligrafía siempre ha sido mi fuerte, y encuentro paz en el deslizarse de la punta de la pluma sobre la celulosa. Necesitaba relajarme y de momento no había más que pudiese hacer. «Todo debe de tener una explicación mucho más sencilla de lo que crees», me repetía una y otra vez. No podía evitar preguntarme si su padre llegaría a estar allí para el cumpleaños, como me había prometido el día anterior al despedirme en el coche:

—Me voy, resuelvo unas gestiones rapidísimo y vuelvo para el cumpleaños de nuestro príncipe —me había dicho—. No te cargues demasiado de cosas esta semana, que te quiero entera para mí el fin de semana siguiente.

¿Qué iba a pensar Polo cuando se enterase de todo lo que estaba pasando? ¿O es que Polo ya lo sabía todo y aquí la única sorprendida estaba siendo yo? Fuese como fuese, aquello habría que solucionarlo y pronto. Él nunca pondría en riesgo a su familia. Adoraba a sus hijos, a los seis. Nadie se despidió de ese modo si tiene algo que ocultar. ¿O sí lo hace? Él quería a sus hijos. Los había cuidado como un verdadero líder de la manada año tras año: les había leído cuentos, los había acunado, les había enseñado a defenderse cuando otros niños del cole habían traspasado los límites adecuados. Polo era un buen padre, y fuera como fuese, mi obligación en aquellos momentos era ocultárselo a mis hijos.

«¡Mis hijos!», pensé.

De un salto, corrí al colegio una vez más, montada en mi GLS. Llegué, como siempre, veinte minutos antes, para coger el mejor lugar para aparcar de todo Palms-International.

—¡Leona! —Mientras yo esperaba en la puerta de las repes, la recién nombrada directora del centro, Carolina Valiente, se dirigió hacia mí con marcha ligera—. A punto estaba de llamarte. ¿Podrías venir al despacho un momento?

Y no hizo falta que dijera más para que yo supiese que lo de después no iba a gustarme.

Escena 9: «Lo último que querríamos es resultar insensibles con tu enfermedad»

La memoria es algo juguetonamente selectivo, y esa debe de ser la explicación por la que, tras oír a la directora explicarme sobre la deuda que habíamos acumulado en el colegio, mi vida entró en una extraña nebulosa de la que parece que no salí hasta el miércoles, al llegar a nuestra semanal cita de las 11:00 h.

—Entendemos las dificultades por las que estáis pasando —me había dicho Carolina el lunes anterior—, lo último que querríamos es resultar insensibles con tu enfermedad, Leona.

—¿Con mi enfermedad? —respondí.

—Tus nervios.

—Mis nervios —cabeceé, como si de este modo las ideas fuesen a ponerse en orden.

—Pero ¿quién no estaría *nerviosilla* con seis niños en casa? Es de lo más comprensible. —En este punto, trató de rectificar como pudo, fingiendo una tos muy impostada, y dijo—: No quiero decir que estés desquiciada. Quiero decir que cualquiera en tu situación lo podría estar, pero tú... En Palms-International nos tomamos muy en serio la salud de nuestras familias, no creas que no nos parece importante, es solo que son dos meses, y aunque Polo nos dijo que mejor habláramos con él y no contigo, por lo delicado de tu situación, debe de encontrarse ocupadísimo estos días porque, la verdad, no responde...

En ese punto decidí intervenir. Mil escenarios pasaron por mi imaginación florida y miré ligeramente hacia arriba para recomponerme.

—Han sido unos meses muy complicados, ya sabes tú lo que es llevar todo adelante —dije, con la ambición sibilina de generar una estudiada complicidad—. Los mayores en esa edad tan difícil, todo hormonas, ¿sabes? Después las mellizas, que ya sabes tú, dos niñas y a la vez. Y luego el pequeño, esa sensación vertiginosa de que me he quedado sin bebé tan rápido. Son muchas cosas. A las mujeres se nos exige tanto.

—Eso sí que es verdad.

—Polo queriendo protegerme de todo sin saber que al final somos siempre nosotras las que acabamos por protegerlos a ellos, ¿no es eso lo que pasa al final siempre? Pero, escucha —engolé la voz y me acerqué ligeramente—: no hay de qué preocuparse. Él es más despistado para estos trámites. Me encargo de todo y vuelvo aquí la semana que viene. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —contestó, sin saber muy bien a qué estaba accediendo.

Y con la mejor de las sonrisas, di aquella conversación por terminada.

Desde entonces, me he dedicado, básicamente, a hacer cuentas con la calculadora del iPhone y un puñado de folios. No me juzgues: soy de la era pre-Excel. Si me baso en lo que dicen mis predicciones, lo que dicen las cartas que alcanzó a traerme Gabi aquella noche y lo que comienzo a suponer que en los siguientes días vamos a ver, la deuda

asciende a un total de 10.673 €. Bueno. Un desaguisado en condiciones, pero nada que no se pudiese resolver tan pronto como consiguiese, de una maldita vez, hablar con Polo.

Aquel miércoles, y a la vista de que nada podía hacerse porque nada estaba en mi mano, acudí sin falta a Dulcísima a nuestra cita semanal en torno a *Socialité*.

—¡Aló! —Maya Conesa, con una raya partiendo en dos su melena platino, grandes gafas, aretes en cada oreja, mono de hilo setentero a juego con el resto de su imagen, fue la última en llegar a la mesa. Se apresuró a decir—: ¿Habéis leído el último de Suvi Shinkar? Me tiene la mente expandida, no os podéis ni imaginar. Estoy alcanzando un nuevo estado de consciencia, conectando al fin con el fondo de todo. —Cogió el batido verde de Bé, que aún estaba sin tocar, y, sin haberlo pedido prestado, lo colocó de modo perpendicular junto a la portada de *El universo está dentro de ti* y pulsó el *boomerang* de su Instagram *stories* con el hashtag #leoycomparto.

Lo que está haciendo Maya ahora mismo es trabajar. Quiero decir que así es exactamente como Maya paga sus facturas, y a juzgar por la villa que adquirió hace ya cuatro años con vistas a Cala Vieja en Santaurora, las facturas las paga fenomenal. Lo acreditan su Porsche 356 Cabrio en color *ivory* con asientos y volante de cuero, la *infinity pool* desde la que una se olvida de la crueldad del mundo con el ojo puesto en nuestro muy querido centro de surfers y su determinante actitud vital: para Maya, lo mejor en esta vida está siempre por llegar.

Yo, que solo entendía de redes sociales lo que me enseñaban mis triplete, no sabría decirte exactamente cómo traduce sus 993.000 seguidores en ladrillos, platos en la mesa y electricidad, pero hacerlo lo hace, y además muy bien. Una vez, Gabi, tratando de explicarme exactamente lo que Maya hacía, me enseñó su perfil en redes, en el que se podía leer:

·*Aries, con ascendente en Virgo y descendente en Capricornio.*

·*Astróloga convencida.*

·*Meditaciones lunares.*

·*Tarot terapéutico.*

www.astrologaconconvencida.com

No entendí una palabra de aquello, y sigo sin entender. Maya es una persona absolutamente excepcional en cada uno de los sentidos de la palabra *excepcional*, alguien a quien te confesaré que no podría aguantar un minuto de mi vida si no fuese porque en su excentricidad hay una distinción verdadera. No hay azar en que se titule a sí misma astróloga *convencida*. De ningún modo es una charlatana de tres al cuarto: Maya recibe visitas internacionales de personajes de decisiva importancia y su consulta de tarot tiene siempre una lista de espera de muchos meses, que le gestiona, con presteza, Sassa, su asistente y amiga, y suele acompañarla como un perrillo faldero allá donde vaya, por si se presentase el momento espontáneo de retratar ese instante perfecto con una fotografía para subirla a las redes.

Hoy Maya había venido sola en señal de obediencia a nuestra estricta política de admisión: en nuestra cita de *Socialité* de cada miércoles en Dulcísima, no admitíamos a nadie más que a nosotras. Piensa que *Socialité* para mí es mucho más que un entretenimiento: es un compromiso social que me tomo con la seriedad con la que me dispongo a hacerlo todo y, desde que lo puse en pie, nunca me he separado de este *ethos*.

Me mueve la vocación de servicio y la ilusión de impulsar a nuestra comunidad hasta el lugar que merece, me mueve que nos sintamos un poco más conectados los unos a los otros, que celebremos los logros de nuestros vecinos, que nuestras costumbres y hábitos no caigan nunca en saco roto. Pero esa soy yo: la periodista que aún habita en mí necesitaba y sigue necesitando trabajar en proyectos por pura vocación de servicio, aunque no todas llegamos a *Socialité* del mismo modo. Además, el tiempo me iba a enseñar muy pronto algo que, ahora que lo he aprendido, dudo que vuelva a olvidar: la vocación de servicio es un motivo honorable siempre y cuando la primera a la que una sirva sea a sí misma.

Escena 10: «Aquella fue la primera vez que escuché sobre él»

Pero hemos dicho que no todas hemos aterrizado en la revista de la misma guisa.

Fede, nuestra excepcional fotógrafa, consigue multitud de oportunidades como *freelance* gracias a la difusión que le supone *Socialité*. Santaurora, ya imaginas, está repleta de personalidades que, por un motivo u otro, necesitan de tanto en tanto de un buen retrato de aspecto profesional, de modo que este esfuerzo ha sido para ella una gran carta de presentación desde la que dar a conocer su singular estilo. Fede, además, no es *como nosotras*. Quiero decir, no me manifesté del todo bien, que ella es *diferente*. Deja que me explique con más tino: Fede se halla inmersa en medio de un complicado proceso de divorcio y ese es el motivo por el que decidió venirse a vivir con su padre, quien, de cuando en cuando, le presta ayuda con Marce, su hija de tres años y medio, para que disponga de cierta libertad en sus sesiones, y que parece que está teniendo dificultades comportamentales por culpa de todo este proceso. Lo lógico, claro. Una niña necesita a su padre y a su madre, o al menos así lo había creído yo siempre. ¿Cómo va a criarse un pequeño de otro modo habiendo opciones? Fede aprovecha todos los trabajos que le salen fruto de la difusión de la revista, porque, en la lucha por la custodia, ha de demostrar que es solvente, pero lo cierto, y aquí bajo la voz un poco, es que las demás no estamos muy seguras de que lo sea. Su aspecto no siempre nos hace pensar que ese sea el caso, aunque puede ser que la situación emocional simplemente la supere: si no fuera porque la queremos y la conocemos, pensaríamos que, de cuando en cuando, duerme en un banco en cualquier lado. En otra época fue guapa, eso seguro, y a pesar de ser algo más joven que nosotras, está inevitablemente desmejorada. La estabilidad económica es la mejor cirugía estética. Mis ojeras de esta semana bien lo saben. Pero, si no es solvente, merece serlo, eso seguro: ya te he dicho que es una gran fotógrafa, lo que aún no te he dicho es que es una gran mujer. Jamás suelta la cámara hasta haber conseguido la toma perfecta: el ángulo adecuado, el gesto más característico, una iluminación de diez. Una vez la llamé con la tirada a punto de salir porque habíamos recibido una queja de la imagen de portada y trabajó toda una noche con el Photoshop para arreglar el entuerto. No todo el mundo pone tanto empeño en hacer las cosas como se debe.

A Bé la reclutó Gabi, y para convencerla solo tuvo que decirle esto: que nos reuniríamos cada miércoles en Dulcísima las cinco, bueno, las seis, contando con su perrita, Varo, en honor a la artista, y la única condición es que el compromiso habría de ser firme. Bé siempre aparece por allí puntual cargando en mano con su bichón maltés, y en la claridad de sus angulosas facciones puedes ver cómo este es, sistemáticamente, el mejor momento de su semana. Una nunca quiere meterse donde no debe, pero alguna vez me ha atrapado la sensación de que Bé no es del todo feliz. E igual no es por Fausta, que también yo pienso que el matrimonio no debe ser la única fuente de satisfacción vital para una mujer. Una mujer ha de tener sus aficiones fuera de sus obligaciones familiares, así que creo que *Socialité* le hace mucho bien. Está muy sola, eso seguro: Fausta desaparece por largas temporadas en esas giras por el mundo a las que Bé, realmente, podría acompañarla, pero dice que a Varo la marean las alturas y le da por vomitar. De modo que, al final, siempre está en casa. Sola. Bueno, con Varo, pero diría que tampoco se aburre: no sé si por interés genuino o por pura necesidad intelectual, Bé colecciona estudios universitarios. En estos momentos, está enzarzada en su segundo doctorado, que, según nos ha contado, versa sobre el Bright Young Things, el nombre que los tabloides asignaron a un grupo de vividores londinenses —artistas, ricos herederos, bohemios y empresarios— que, tras haber

sobrevivido a una pandemia y una guerra como la que nunca había visto el mundo moderno antes, se entregaban sin medida al lujo, la fiesta y la opulencia como último resquicio de una juventud que se negaban a perder. Por aquel entonces, yo estaba convencida de que era solo una estrategia para vivir una vida increíble con la seguridad de hacerlo desde el sofá de casa, pero ahora, claro, agradezco que Bé supiera todo lo que sabe sobre todo lo que yo nunca sé. Sus artículos sobre sociedad son, y es de justicia decirlo, de las partes más aclamadas de todo nuestro trabajo.

Y nos quedan Maya y Gabi. Esta última, o así lo creía entonces, se unió al proyecto solo por ayudarme a levantarlo y ha seguido en él porque las entrevistas de personajes se le daban indiscutiblemente bien. Maya, sin embargo, encuentra en *Socialité* algo que yo he venido en definir como *realidad*. Es un proyecto aterrizado, mundano, fuera de redes —o al menos así lo había sido—, donde nadie era la estrella ni nadie necesitaba destacar. Ni siquiera yo, que me encargo de coordinar, escribir mi columna de opinión —un pequeño sueño de esta periodista hecha realidad— y soy la responsable última de que, ocurra lo que ocurra, la revista llegue a donde debe: a todas y cada una de las casas de Santa Aurora, a los locales comerciales, al club, a algún punto importante de las localidades contiguas y poco más. Tampoco tuvimos aspiración de otra cosa: la revista, que contaba ya con el respeto de todos nuestros vecinos, no anhelaba convertirse en otra cosa que aquello para lo que inicialmente fue construida. Un entretenimiento, un pasatiempo maravilloso, una reunión de amigas, un proyecto con el que sentirnos completas. Hasta aquel momento, puedo jurarte y te juro, que nunca había imaginado que ninguna de nosotras querría más.

El asunto es que aquel miércoles Fede y Bé habían llegado las primeras, lo cual era inusual, porque la primera siempre en llegar a cualquier sitio soy, por sistema, yo y solo yo, Leona Leal. Con Gabi me crucé corriendo calle abajo a la altura de la plaza del Reloj y caminamos el Parque Central juntas, comentando con sarcasmo y afectación lo distinguidísimo de las nuevas banderillas de la arboleda que circundan la fuente de Buenaesperanza.

Antes de comenzar a hablar de las opciones de *Socialité* en el mundo digital, sobre lo que muy probablemente Maya iba a tener más que decir que yo, saqué las invitaciones de las cuatro para la fiesta de Telmo y las repartí una a una antes de que diéramos comienzo a la reunión.

—¿Son estas las últimas que te quedaban por entregar? —se burló Maya.

—Eso es. Pero las últimas serán las primeras, ¿no era así, o cómo era?... Disculpadme la demora, pero es que llevo una semana de locos, no he parado un momento... —Miré de reojo a Gabi, única confidente de mi situación, y callé frente al resto.

—Ah, no, Leoncita —me interrumpió—, ninguna queja aquí. Solo preguntaba por saber si las repartiste ya por la clase de Telmo y ya está en manos de la hija del inglés, que, si va la hija, digo yo que la tendrá que llevar el padre...

Las risas cómplices de las demás me hicieron pensar que Oliver sería como luego resultó ser.

Y estoy razonablemente segura de que aquella fue la primera vez que escuché sobre él.

Capítulo 2

Estás a tiempo de huir

(...)

No te pierdas nada

Puedes leer el resto de la historia de Leona pinchando en el siguiente enlace:
<https://geni.us/UBAM-precuela>

Gracias por llegar hasta aquí.

¡Nos vemos por las calles de Santaurora!

Con amor,

MF

